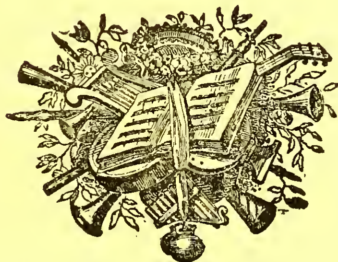
EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

AMOR Y TRAVESURA,

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
[illegible]

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rasear...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marques y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar; ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano
Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Chinc
Lo mejor de los dados
Los dos sargentos esp
Los dos inseparables.
La pesadilla de un ca
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carl
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel
La verdad en el espejo.
La banda de la Condes
La esposa de Sancho el I
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvi
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Ferna
Las floresi de Don Juan
Las apariencias.
Las gueeras civiles.
Leccions de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenci
La Archiduquesita.
La escuela de los amigo
La escuela de los perdi
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Ca
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exotica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (a
La calle de la Montera.
Los pecados de los padr
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlarg
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Llueven hijos.
Las dos madres.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

AMOR Y TRAVESURA.

NOTA.

—

Esta obra fué representada en su estreno con el título de *Astucia y Amor*; pero la circunstancia de haberse ejecutado posteriormente en el eatro del Circo otra zarzuela en tres actos, titulada del mismo modo, si bien con diferente asunto y música, nos obliga (por evitar error) á cambiar el título con que primero dimos á conocer la nuestra.

AMOR Y TRAVESURA,

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

LETRA DE

D. CALISTO BOLDUN Y CONDE,

MUSICA DE

D. MARIANO VAZQUEZ.

Representada en el teatro de la Jovellanos en Mayo de 1862.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

PERSONAJES.	ACTORES.
AURELIA.............	Sta. Checa.
ROGELIO...............	Sr. Obregon.
ANSELMO, baron de Val.	Sr. Calvet.
MARQUESA...........	Sra. Soriano.
OCTAVIO, sobrino de la Marquesa............	Sr. Cubero.
NARCISO, criado.......	Sr. Rochel.
ANTONIO, id..........	Sr. Caltañazob.
UN CALESERO........	Sr. Parcero.
UN DIAMANTISTA.....	Sr. N. N.

Coros de señoras y caballeros, de acreedores y aldeanos, criados y lacayos.

La accion se supone á principio del siglo actual. Comienza á las seis de la tarde y termina al amanecer del dia siguiente. El primer acto en Alcalá de Henares; el segundo en una quinta del Baron.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un elegante pabellon circundado de un jardin ostensible á la vista del público por tres grandes puertas. Á la izquierda del actor, y sobre una escalinata, otra puerta que conduce al interior del palacio. Una verja con puerta en el centro, atraviesa el escenario en último término. Al levantarse el telon aparecen Señoras y Caballeros; unos paseando y otros sentados á las mesas distribuidas por el jardin: varios criados sirven refrescos.

ESCENA PRIMERA.

SEÑORAS, CABALLEROS, CRIADOS.

MUSICA.

CORO. El viejo que se casa
á los setenta
con novia de quince años,
yerra la cuenta.
Porque es sabido
que una niña apetece
jóven marido.

—

SEÑORAS. Despues la novia

llorará en vano,
si hoy da su mano
al tal Baron.

—

CABS. Pronto el vejete
dará al demonio
su matrimonio
de inclinacion.
(Imitando burlescamente la postura de un jorobado.)

—

TODOS. Es la verdad!
Já! já! já! já!
Eso será.
Já! já! já! já!
Pero á nosotros
solo interesa
que haya en la mesa
vino y licor.
Es la verdad!
Já! já! já! já! etc.

—

Ya viene con la novia
el primo... á ese moscon
qué lindas calabazas
su prima le emprimó.

ESCENA II.

DICHOS y AURELIA dando el brazo á OCTAVIO, y un lacayo.

CORO. Viva la novia
y plegue á Dios
que feliz sea
tan bella union.
(Presentando ramilletes á Aurelia, que esta toma y entrega á un lacayo.)

AURELIA. Gracias, señoras,
gracias os doy
por vuestra amable
fina atencion.

OCTAVIO. (Presentando un ramo.)
Bella primita,

mi humilde voz
con la de todos
pide al Señor
felicidades
para tu union.

(Se retira y se sienta abatido.)

AURELIA. Mal reprimo mi tristeza!
En medio de esta alegria,
se escapan del alma mia
suspiros de hondo pesar:
que es mas que yo poderosa
la fuerza de mi memoria,
y recuerda ¡ay! una historia
que el tiempo no borrará.

CORO. (Señalando á Octavio.)
Ved á ese fátuo,
rumiando está
las sendas calabazas
que su prima le dá.
La risa excita verle...
Já! já! já! já! já! já!

—

AURELIA. Llorad mis ojos,
al falso amante
que huyó inconstante,
y ¡ay! me engañó.
Ya á olvido eterno
doy al perjuro,
que hoy fuera impuro
mi casto amor.

(Toma el brazo de una dama y paseándose desaparecen; los demas las siguen.)

CORO. Qué sendas calabazas
la primita le dá...
que risa causa verle!
Já! já! já! já! já! já!

ESCENA III.

OCTAVIO y la MARQUESA, que entra por la puerta de la verja precedida de los lacayos; estos hablan con NARCISO; este anuncia á la Marquesa y se retira por la escalinata.

HABLADO.

NARC. Habláros, señor, desea
la marquesa del Fragoso
y Altasola... (Vàse.)
OCTAVIO. Tia del alma!
(Dios la envia en mi socorro.)
MARQ. Picaruelo, no me abrazas?
OCTAVIO. Ah! si: perdonad mi asombro...
Vos á Alcalá?
MARQ. Lo extrañas?
OCTAVIO. Pues no he de extrañarlo?
MARQ. Cómo?
No se casa hoy mi sobrina?
No eres tú, dime, su novio?
OCTAVIO. Ay! ojalá!
MARQ. Eh!... ese suspiro?
OCTAVIO. No soy yo el mortal dichoso
que ha logrado merecerla...
Otro mas feliz...
MARQ. Si? Qué oigo!
En ese caso, descíframe
este billete lacónico
que ayer recibí de Aurelia.
OCTAVIO. (Leyendo.)
«Alcalá, julio, diez y ocho.
»Querida tia, mañana
»se celebra mi consorcio:
»las prendas de mi futuro
»que han de agradaros supongo...
»y limito aqui un informe
»que encomiendo á vuestros ojos.
»Si quereis que vuestra Aurelia
»llegue de la dicha al colmo,
»venid y bendecireis

»enlace tan venturoso.
»Adios; os guarda mil besos
»que ansía daros muy pronto
»vuestra sobrina, que...» (Deja de leer.)

MARQ. Etcétera!
Ya ves, como era muy lógico
presumir que en este pueblo,
donde debe ser muy corto
el número de los jóvenes
com'il faut, y á falta de otro
de mas valer, fueses tú
quien saliese victorioso.

OCTAVIO. Pero el tutor no os ha escrito?

MARQ. No.

OCTAVIO. Ni consultó tampoco
vuestra opinion sobre enlace
tan inícuo y espantoso?

MARQ. No me ha escrito y no lo extrañes:
él sabe muy bien el odio
que de antiguo le profeso...
ganóme un pleito ruinoso
y rompimos relaciones
bruscamente... Y á propósito:
puedo aqui permanecer
sin tropezar á ese mónstruo?
Estoy quizás en su casa?
Abur! (Marchándose.)

OCTAVIO. No: estais en la del novio,
que aqui el tutor ha dispuesto...

MARQ. Ya! por no gastar un óbolo,
deja á cargo del futuro
el convite, y del buen tono
prescindiendo... viejo avaro!
Siendo como dices, tomo
asiento. Ahora, sigue dándome
mas noticias del esposo.
En su favor me previene
cuanto aqui observo... Es muy cómodo
todo esto, muy elegante...
é indica cierto desahogo
de fortuna.

OCTAVIO. Si; es un Creso.

Midas con orejas de... oro.
Dueño es de media Manresa.

MARQ. Catalan? Será muy fosco!
Rectifico mi opinion.

OCTAVIO. Y ademas del patrimonio
que en dicha ciudad posee,
acaba de comprar otros
bienes en esta provincia.

MARQ. Hola! si?

OCTAVIO. Dehesas... sotos,
una quinta aqui cercana...

MARQ. Tocamos en lo faustuoso?
Conque...

OCTAVIO. En esto me refiero
á informes que ahora recojo
de aqui y de allí... no me consta,
pues yo apenas le conozco
de cuatro dias.

MARQ. Qué escucho!
Conque es para tí un incógnito?

OCTAVIO. Ausente yo de Alcalá,
me escribió mi mayordomo
el *rum rum* sobre esta boda:
dejé á Madrid presuroso...
llego y me hallo que mi prima,
cediendo á instancias de ese *ogro*
que Dios le dió por tutor,
al mas inícuo negocio
del presente siglo, pone
el *finis coronat opus*.

MARQ. Me dejas estupefacta!

OCTAVIO. Considerad el bochorno,
el desaire que he sufrido
cuando aqui decian todos:
«Picarillo, tú de Aurelia,
no hay duda, serás esposo,
por mas que el tutor la guarde
con candados y cerrojos.»

MARQ. Y eso era lo natural,
eres su primo... buen mozo!...

OCTAVIO. Y él rival advenedizo...

MARQ. Y cómo logró él tan pronto?...

Y es noble?

OCTAVIO. Baron con B.

MARQ. Poco es, pero me conformo
si las demas cualidades
dan por resultado un todo
aceptable y... Qué edad tiene?

OCTAVIO. Setenta!

MARQ. Eh? (Levantándose.)

OCTAVIO. Me quedo corto.

MARQ. Te chanceas?

OCTAVIO. No, á fé mia:
es jorobado, achacoso.

DARQ. Dios mio! Pero eso es cierto?

OCTAVIO. Como cinco y tres son ocho.

MARQ. Oh! imposible!

OCTAVIO. Setenta años!

MARQ. Pobre Aurelia!

OCTAVIO. Es horroroso!

MARQ. Y tal absurdo, tal crímen,
cómo consentiste? cómo?

OCTAVIO. Y acaso pude evitarlo?
Llegó aqui el viejo hace poco
para tomar posesion
de lo que en estos contornos
ha comprado; por su edad
no le fué dificultoso
frecuentar casa de Aurelia,
cerrada para nosotros
los jóvenes... Ya se infiere
que el tutor avaricioso
supo que el viejo era rico;
le habló, y se zurció este embrollo
en mi ausencia.

MARQ. Á esos infames
les ha inspirado el demonio!
Ah! yo sabré...

OCTAVIO. Si quisierais...

MARQ. Qué! dime!

OCTAVIO. Hablar en mi abono...

MARQ. Yo?

OCTAVIO. Si intrigais con Aurelia,
aun pudiéramos ver roto

ese proyectado enlace:
ella me ama!

MARQ. Si?

OCTAVIO. Sus ojos
me lo han dicho muchas veces;
y sin que sea amor propio,
me parece que mis prendas...
Ademas, yo á Aurelia tomo
sin dote, si ella consiente,
y el tutor...

MARQ. No seas bobo,
nunca está de mas un dote:
y que fuera vergonzoso
descender hasta esa fórmula.
Ya verás cómo de un soplo
ese castillo de... naipes
que han formado, yo desplomo.
No faltaba mas! Un yerno
que en vez de darme su apoyo
tendré yo que dárselo á él?
Qué porvenir tan hermoso
se ofrece á tia y sobrina!
Nada! Yo me insurrecciono!
Aurelia ha de obedecerme
ó nos oirán los sordos!

OCTAVIO. Eso! firmeza, energia!

MARQ. Retírate, que ya la oigo
llegar.

OCTAVIO. Pero?...

MARQ. Déjame explorarla.

OCTAVIO. Bien: volveré de aqui á poco.
Pero tened entendido
que si llevan su propósito
á vias de hecho, al tutor
y al viejo...

MARQ. Qué?

OCTAVIO. Los ahorco!
(Saluda á Aurelia, que entra, y ofrece el brazo á las dos señoras que han venido acompañándola.)
Prima... señoras?...

AURELIA. Pues qué?

OCTAVIO. Ahí te espera una visita. (Vánse.)

ESCENA IV.

MARQUESA y AURELIA.

Marq. Aurelia!
Aurelia. Tia del alma!
otro abrazo!
Marq. Sí, mi vida!
y otros mil, que por ingrata
cierto que no merecias.
Aurelia. Yo, ingrata con vos?... Ah! no.
Marq. Tú cada dia mas linda!
Mas, te noto un *no sé qué*...
Sí, cierto aspecto de víctima,
que á través de tus diamantes,
flores, encajes y cintas,
contrasta visiblemente
con tu habitual alegria.
Aurelia. Oh! no... pues soy muy dichosa
y hoy mas con vuestra venida.
Marq. No me gastes sutilezas,
tu respuesta es evasiva,
y tu semblante te vende.
Aurelia. Mas...
Marq. No valen negativas
con quien es tan perspicaz
que lo que no vé, adivina.
Lo mismo piensa tu primo,
y hace poco me decia
hablando aqui de tu boda...
Aurelia. Hizo mal...
Marq. Si está que trina.
Oh! y con razon, que es monstruosa.
Aurelia. Pero...
Marq. Es una tirania
de tiempo del feudalismo.
Aurelia. No entiendo...
Marq. La trama inícua
que ha tejido ese Neron,
llevado de su avaricia
para venderle á un... Oh! pero

aun vivo yo, y todavia
no es un hecho consumado,
y primero me harán trizas
que consentir...

AURELIA. Me asustais!...

MARQ. Tranquilízate, y sé explícita.
Vamos, confiésame que amas
á un jóven!

AURELIA. Yo?

MARQ. Sin mentiras.

AURELIA. Pero tal suposicion...

MARQ. Si: en tu corazon domina
una pasion contrariada...
(Movimiento de negativa de Aurelia.)
Oh! tengo un golpe de vista,
que la que á mí se me escapa...
y luego cuando una misma
experimenta... Ese jóven
es Octavio?

AURELIA. No.

MARQ. Creia...

AURELIA. Si le estimo como á hermano,
mas...

MARQ. No ha movido las fibras
de tu corazon? Comprendo,
no es amor, es simpatia?
Tampoco merece mas
si despacio se le mira...
que es un fátuo, pretencioso,
superficial, de mezquina
imaginacion, no tiene
el *chic* de nuestra familia.
Pero si no amas á Octavio
á otro ha de ser...

AURELIA. Ay!

MARQ. Suspiras?
Bajas los ojos? Sé franca:
vámonos, cuéntame tus cuitas.
(Con cariño y tomándola una mano.)
Cómo se llama ese amante?

AURELIA. No me obligueis...

MARQ. Di, hija mia.

AURELIA. Á qué nombrarle si ha muerto?
MARQ. Jesus!
AURELIA. Si; hoy...
MARQ. Dios nos asista!
AURELIA. Ya es solo un vago recuerdo
que existe en mi fantasia,
huella que imprimió el pesar
de una esperanza perdida;
sombra que forjó el deseo;
ilusion de un solo dia,
que desapareció fugaz
al querer mi mano asirla.
MARQ. Bien lo sospechaba yo!
Si á tu edad nadie se libra!
Si en otras mas avanzadas
lleva el corazon espinas
que punzantes lo ensangrientan
y eterno le mortifican!
Ay! Mas pensemos en tí:
deja tus sollozos, niña,
y detalla pormenores
de tu historia peregrina.

CANTADO.

AURELIA. Si bien huérfana triste,
mi confianza en Dios,
bálsamo fué benéfico
á mi acervo dolor.
Pueriles fuegos,
santa oracion,
por tierna madre
que el ser me dió,
y que ya habita
junto al Señor:
mis goces fueron,
mi ocupacion.
Ay! por qué, madre mia,
no te acompañé yo?
MARQ. Á tus fervientes lágrimas
da término por Dios:

si una madre perdiste
en mí otra te quedó

AURELIA. En dulce calma,
mi corazon
ciego ignoraba
lo que era amor.
Pero, ah! su llama
súbita ardió,
con las lisonjas
de hombre traidor!
Ay! por qué vi al ingrato
que el alma me robó!

HABLADO.

MARQ. Con que tú le amas y él huye?
Ingratitud inaudita!
Vamos, si no se concibe
tal absurdo! Las primicias
de un corazon inocente,
ofrece una jóven rica
con virtud y con nobleza
ó un hombre, y él se emancipa?
Aqui hay su historia secreta;
de otro modo no se explica
tan extraño rompimiento...
quizá alguna niñeria
que es preciso que yo zanje
con mi autoridad de tia.
Di quién es, y yo le busco...

AURELIA. Buscarle? no, por mi vida!
descender á tal bajeza?
Prefiero morir!

MARQ. Bonita
resolucion! Y pretendes
que yo en silencio permita
se lleve á cabo el proyecto
de dos viejos egoistas?

AURELIA. No juzgueis sin escucharme.

MARQ. Qué puedes decirme, niña,
que no sea confirmar

la consecuencia precisa,
que por desesperacion
te casas y sacrificas?

AURELIA. Y si fuese gratitud?

MARQ. Es doble la tonteria:
no confundas los afectos;
créeme, que mal se aplican
todos, si el del amor falta
á union que dura una vida.
Si tú ese afecto no sientes,
horrorízate tú misma
de verte jóven y hermosa,
mujer de un viejo estantigua.

AURELIA. Si yo...

MARQ. Es ofender á Dios.

AURELIA. Me resigno.

MARQ. Hum! me da grima
escucharte! Setenta años!

AURELIA. Será mi apoyo, mi egida.

MARQ. Que apoyo puede prestarte
quien para él lo necesita?

AURELIA. El de su bondad y virtud.

MARQ. Si, eso es algo, y mucho implica
en el fiel de la balanza
que un matrimonio equilibra,
pero no es todo.—Oh! si yo
pudiese ser mas explícita!...
Setenta años! Puf! Le sobran
cuarenta y cinco á esa cifra!
Oh! Si Adan cuando comió
de la fruta prohibida,
la comiera á setenta años,
es de creer que en el dia
aquel pecado del padre
sus hijos no llorarian.

AURELIA. No os canseis en disuadirme;
mi suerte está decidida.
De ese venerable anciano
acepto el amor solícita,
que ha de pagarle el cariño
que debe á un padre una hija.
Á un padre!... Ois? Dulce nombre!

Si á quien no tuvo la dicha
de balbucearle en los brazos
de aquel que le dió la vida...
con encantadora magia
le seduce y le fascina;
que será en la triste huérfana
cual yo, cuyos ojos miran
la losa que de mi madre
cubriendo está las cenizas
apenas, si, colocada,
sobré tierra aun movediza?

MARQ. No logras enternecerme,
no, no. (Mi rigor vacila,
y si aqui mas permanezco...
Pero no, ¿qué se diria?
nada; quememos las naves
dándome por ofendida.)
Conque obcecada desairas
mi autoridad, y te obstinas
en?... Bien está. Te declaro
que no me doy por vencida
en la lucha... he de salvarte,
á tu pesar, de la estúpida
boda filial que suscribes,
haciendo al *padre* una rígida
oposicion. (Rogelio tose dentro.)

AURELIA. No, por Dios!
y callad, que él viene.

MARQ. Mira
qué prodigios hace el asma!
Te agrada esa sinfonia
para bailar un *minuet*?
Pues á mí no, que me crispa
los nervios. Uf! qué sofoco!
Me voy, por no... Abur, chiquita!

AURELIA. Y os vais?

MARQ. No importa, te dejo
con muy buena compañia. (Marchándose.)

AURELIA. No os marcheis.

MARQ. Déjame ya,
porque estoy hecha una víbora
y no respondo que al verle

no haya aquí una sarracina.
(Sale Octavio al encuentro de la Marquesa y la detiene.)

OCTAVIO. Como van las transacciones?
Se ha convencido mi prima
de lo mucho que yo valgo?

MARQ. Si ya está muy convencida.

OCTAVIO. Y conviene?...

MARQ. En que eres tonto.

OCTAVIO. Yo?

MARQ. Mi opinion lo confirma.

OCTAVIO. Canario!

MARQ. Lo dicho, dicho.
(Marchándose enojada.)

OCTAVIO. Escuchadme por Dios, tia. (Siguiéndola.)

ESCENA V.

AURELIA y ROGELIO.

Aurelia, que durante los últimos versos de la escena anterior ha permanecido sentada en primer término triste y abatida, enjuga sus lágrimas y se dirige á la puerta sobre la escalinata para recibir á Rogelio, que baja por ella apoyado en Narciso, y en una muleta de mano; trae puestos anteojos verdes y una nariz artificial: en su figura encorbada, en sus ademanes y paso vacilante simulará á un anciano decrépito. Narciso se retira.

CANTADO.

ROG. Perdóname, hija mia,
si tanto me he tardado. (Tosiendo.)

AURELIA. Os sentis fatigado?

ROG. Ejem! Ejem!! Qué tos! (Tose.)

AURELIA. Servios de mi apoyo.

ROG. Ángel eres, que el cielo
me envia por consuelo.

AURELIA. Y vos mi salvacion.

—

ROG. Atildándome estuve
delante de un espejo
y al verme en él tan viejo

lloré, niña, por tí.
Ay! aunque se disfrace
y adorne con esmero
nunca el frígido Enero
será el florido Abril.

AURELIA. Pensad que en el otoño,
si no fragantes flores,
tienen los labradores
la productiva vid.
Dejad vanas quimeras:
no el pesar os aflija,
ved que para una hija
estais mejor así.

—

ROG. Al oirla me enajeno!
AURELIA. Al verle cobro la calma.
LOS DOS. No en vano presiente el alma
que {ella / él} ha de hacerme feliz.

ROG. Tienen tus ojos,
niña hechicera,
una manera,
ay! de mirar,
que si me lanzan,
solo un reflejo,
de toser dejo,
cesa mi mal.

AURELIA. Vuestras miradas,
que ansiosa anhelo,
prestan consuelo
á mi orfandad.
Á un tierno padre
doy mi albedrío
de su amor fio,
de su bondad.

ROG. Seré feliz
si como yo te adoro
me adoras, niña, á mí.

AURELIA. Seré feliz
si asi como yo os amo
me amais, señor, á mí.

———

HABLADO.

ROG. Ah! qué felices los dos
hemos de ser! Si, mi vida!...
como olvides mi partida (Tose.)
de bautismo... Ejem! Qué tos!
Ejem!

AURELIA. Venid á sentaros.

ROG. Bien, y tú cerca de mí... (Sentándose.)
Ajá! Con que ha estado aqui
tu tia?

AURELIA. De ella iba á hablaros.

ROG. Qué, se fué?

AURELIA. Si, y enojada...

ROG. Con razon: triste verdad!
Ve tu juventud, y mi edad,
á la tuya triplicada!
Ejem! y es una diablura... (Tose.)
Mas cómo retroceder?

AURELIA. Ah! no os llegó á conocer,
por eso...

ROG. Soy criatura; (Chanceándose.)
si; se tocan los extremos,
y el viejo se torna en niño?

AURELIA. En su acendrado cariño
teme mi tia...

ROG. Veremos
si ese arrebato le pasa.
Deja al tiempo transcurrir
y ofrécela si vivir
quiere del *niño* la casa.

AURELIA. Cuán bueno sois! Qué bondad!

ROG. De ella eres merecedora,
que tú, Aurelia, eres la aurora
que alumbra mi ancianidad.
Ejem!—Vamos al salon, (Tose.)
prenda mia, que cansados
de aguardar los convidados...

AURELIA. Apoyaos... (Le ofrece su brazo.)

ESCENA VI.

DICHOS, NARCISO.

ROG. Señor Baron.
(Hace señas á este recatándose de Aurelia.)
ROG. Qué ocurre?
NARC. Qué...
ROG. Vamos, habla.
NARC. Lo haré, con vuestra licencia;
pero me causa embarazo...
ROG. Dále!
NARC. (No entiende mis señas)
ROG. No acabas?
NARC. Se han presentado
á cobrar una caterva
de acreedores en la Quinta...
Tapiceros, encajeras,
modistas y mercaderes...
Y ninguno admite espera...
ROG. Bah! Eso es todo? Pues págales,
si hallas conformes sus cuentas.
NARC. (No es eso; tengo que hablaros.) (Á él.)
ROG. Ah! Dispénsame, hechicera,
si al salon no te acompaño...
Voy á orillar... bagatelas
con Narciso...
AURELIA. Preferis
que á buscaros yo aqui vuelva
despues con nuestros amigos?
ROG. Eso... y desde aqui á la iglesia...
yo ya estoy hecho un *dandy*.
AURELIA. Ay!
ROG. Adios, adios, mi perla!
Ejem! vuelta con la tos! (Tose.)
Ejem! Adios!
(Acompaña á Aurelia hasta la escalinata, se despide besándole la mano y despues enviándole besos con la suya. Aurelia contesta á su saludo cariñosamente. Pequeña pausa; Rogelio cambia bruscamente su aspecto de anciano, en el de un jóven erguido; gran

vivacidad en el diálogo y ademanes, hasta los últimos versos de la escena siguiente.)

ESCENA VII.

ROGELIO y NARCISO.

ROG. Qué hay?
NARC. Alerta,
señor!
ROG. Y á qué es esta alarma?
NARC. Porque en este instante llega
nuestro tutor á la quinta.
ROG. Y eso, qué?
NARC. Que algo sospecha:
le he visto cuchichear
con el primo calavera.
ROG. Di mas bien el tonto, el fátuo,
que me encocora y me... Deja,
que asi que se haga la boda
yo le ajustaré una cuenta.
NARC. De celos?
ROG. Cerca le andas:
pues no sufro con paciencia
ciertas familiaridades...
NARC. Como es de la parentela,
se permite á fuer de primo?...
ROG. Ah, si; ellos son la epidemia
que padecen los maridos!
Por qué hay primos? Por qué hay suegras?
Oh! Yo huiré del contagio.
NARC. Si; termine hoy la comedia
que estamos representando.
ROG. No dispone mi cautela
el desenlace hasta que,
por ley y derecho obtenga
validez mi casamiento,
que á veces el diablo enreda...
NARC. Bueno es guardarse de un pícaro
que por no rendiros cuentas
como tutor, se negó
á vuestra amante propuesta,

protestando que erais jóven.
Y estableció una barrera
impenetrable en su casa,
sin dejar pasar por ella
desde entonces hombre alguno
que no llegase á sesenta.

ROG *Inutile precaucionne*!

NARC. Ya! tomando la apariencia
y el nombre de vuestro tio,
sus años, y su muleta,
y renunciando á la dote...

ROG. Pude acercarme á mi bella
presentado por el mismo
Argos...

NARC. Y á la baronesa,
—pues ya ese nombre la doy
viendo la boda tan cerca.—
Por qué seguis engañándola?

ROG. Es tan cándida é ingénua,
que por timidez ó escrúpulo
nunca mi cómplice fuera
en esta farsa!

NARC. Si os ama?

ROG. Hay en su amor diferencias;
creo que ame, si, á Rogelio,
que despues de encarecerla
su amor, la olvidó inconstante,
y al mismo tiempo venera
en mí al bondadoso anciano
que la ampara, y la liberta
de la opresion en que vive
con tiránica tutela...

NARC. Pero prolongar su error
mas tiempo...

ROG. Es que me enajena
la dicha de ser amado...
en *efigie*! Ah! si supieras
qué placer que experimento
cuando á su pesar Aurelia,
recatándose de mí,
lanza un suspiro que lleva
su pensamiento, al que ingrato

supone y en larga ausencia!
Lucha y relucha en su afecto;
ya á la esperanza se entrega...
torna á la duda; me mira,
aplica su mano trémula
á los ojos; resignada,
sonríeme placentera,
y enjuga furtiva lágrima
que por su mejilla rueda.

NARC. Y vuestro tio el baron,
querrá perdonaros esta
travesura?

ROG. Por qué no?
Tan mal papel le hago en ella
representar? No le caso
con mujer jóven y bella?
Brusco puede rechazar,
á la dulce compañera
que le doy en su vejez?
No lo creo.

NARC. Él por sistema
aborrece las mujeres,
y segun decis ordena
en su testamento que
no os caseis ú os deshereda

ROG. Del dicho al hecho hay gran trecho;
y qué sé yo... ha dado vuelta
su carácter hace tiempo,
y tal cambio me lo prueba
el haberse aventurado
á salir de la huronera
y haber comprado esta quinta,
la de Céspedes, la dehesa...

NARC. Mas pensad que salió á baños...

ROG. Por eso digo trasiega
oxidados patacones
y las entumidas piernas.
Pero las nuestras movamos,
que ya en el salon me esperan,
y aquí charlando...

NARC. Un momento.
He recogido esta esquela

que un peaton ha traido (Dándosela.)
de la próxima estafeta.

ROG. (Tomándola y leyendo el sobre.)
«Para el señor don Anselmo,
»Baron del Val—por Bribiesca
»en Alcalá.» Es para el tio.

NARC. Si os apropiais en su ausencia
el nombre, á vos se dirige
y á Alcalá y no á Manresa,
que es donde el baron reside.

ROG. Es cierto.

NARC. Romped la oblea...
qué diablos! asi el ovillo
sacaremos por la ebra.

ROG. Vaya este pecado mas
á cargo de tu conciencia.
(Lee.) «Respetable señor don Anselmo; mi »queridísimo amo: la salud no os falte, que »de lo demas ya sé que andais sobrado.»
(Mira la firma.)
Extraño estilo! Ah! es de Antonio:
del mayordomo que lleva
el manejo de la casa
del tio. El pobre chochea!
»Mi señor baron: cuán advertido andais abor- »reciendo á las mujeres por sus perniciosos »instintos, y al matrimonio por sus fatales »consecuencias. Aunque nunca he dudado »de vuestra prudencia y saber, el ejemplo »que tengo á la vista me confirma en lo jus- »to de vuestras apreciaciones. En obsequio »á la brevedad os hago merced de los mil »pèrcances que he sufrido hasta llegar á »esta mi aldea, y con las lágrimas en los »ojos y el corazon oprimido, entro desde »luego á referiros, si bien someramente, el »cómo ha sido inútil vuestro piadoso propó- »sito, y estéril mi paternal diligencia para »conjurar la terrible desgracia que amena- »zaba á mi sobrino... Llegué, ví, y quedé »anonado.—Mi estúpido Marcos, con esa »impaciencia peculiar á todo novio, y quizá

»temeroso de mi negativa, anticipó su boda »una semana, la misma que ya le tomo en »cuenta por un siglo de expiacion. Contínuos »reproches de la mujer al marido... rabio- »sos celos de este por un sacristan... De- »nuestos, amenazas y lloriqueos de los tres. »Cuanto la sutileza del diablo pudo inven- »tar, se encuentra ya cobijado detrás de la »cruz de este matrimonio.»
Bonita historia!

NARC. Un romance,
cómo el de Francisco Esteban.

ROG. «Estas pesadumbres dieron por fin con mi »cuerpo en tierra, es decir; en una mala ca- »ma, que en ella me he visto obligado du- »rante cuatro dias á guardar una dieta tan »rigorosa, que ni... ¿Lo creereis, señor? Ni »aun he encentado la redoma del añejo que »para refrigerio y consuelo me permitisteis »traer compañera de camino: Dios, sin em- »bargo, teniendo en mucho vuestras oracio- »nes, y en algo mis cortos merecimientos, »se ha dignado concederme una pronta con- »valecencia, y merced á ella, podré presen- »tarme en Alcalá, como me teneis manda- »do, el dia veintiuno del que rige, y mismo »de vuestra llegada á *supra dicha* ciudad: »entre tanto quedo de V. E. fiel criado y »humilde servidor... etcétera... etcétera...»

NARC. ¿El dia veintiuno?

ROG. Es hoy...
(Se pone los anteojos y toma la muleta.)

NARC. Pues perentoria es la fecha,
y si el tio, ó el criado,
hoy mismo aqui se presentan
pueden frustrar... el proyecto...

ROG. No: vengan en hora buena
uno y otro, con tal que
tarden media hora siquiera
en llegar.

NARC. ¿Si? no os comprendo.

ROG. Voy á explicarte la idea

de salvacion que me ocurre.

ESCENA VIII.

DICHOS y OCTAVIO.

OCTAVIO. (¡Ah! ¿Los dos en conferencia?)
ROG. A falta de otra mejor,
esta elijo, aunque violenta
y ruidosa...
OCTAVIO. (¡Hola! escuchemos...
Qué es lo que el viejo proyecta.)
ROG. Vamos ahora mismo al templo;
la ceremonia dispuesta
tendrá lugar en el acto.
Ya esposo legal de Aurelia
le pretexto tener celos,
formulo de ellos la queja
para tronar con Octavio,
que mi edad me da licencia
para ser tan suspicaz:
el escándalo y la gresca
que suscite, ha de espantar
al primo y su parentela,
doy el brazo á mi mujer
y al coche desde la iglesia.
NARC. Bien: y si al volver aqui
os hallais que alguien ya espera?
ROG. Evitar ese peligro
es lo que mi amor desea,
por eso una vez casados
partimos á rienda suelta,
hasta llegar esta noche
á esa quinta, que una legua
dista de Alcalá.
NARC. Los Céspedes?
ROG. La misma.
OCTAVIO (Fugarse intenta,
y quitarme asi el consuelo
de mortificarle.)
ROG. Queda
tú aqui, por si viene Antonio,

preciso es que le entrengas
de cualquier modo.

NARC. Y si el tio?...

ROG. Entonces toma soleta
y ven á encontrarme.

NARC. Bien,
yo evitaré su presencia.

ROG. Es lo mas prudente.

OCTAVIO. (Á quiénes
se refieren? La Marquesa
podrá enterarme. Conviene
de todo esto darle cuenta.) (Vàse.)

ROG. Me ocurre que en esa quinta
deshabitada y desierta,
no habrá nada prevenido...
Si tu mucha diligencia
pudiese allí prepararnos...

NARC. Yo iré metiéndole espuela
al moro... en veinte minutos...
(Música dentro.)

ROG. Chists: la comitiva llega
de parásitos hambrientos
y señoritos de aldea.

NARC. Que me place que hoy se queden
á la luna de Valencia.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, AURELIA y CONVIDADOS, despues OCTAVIO.

CANTADO

CORO. El cielo bendiga
el lazo nupcial
que en el Santo Templo
van ahora á estrechar.
Eterna ventura
y dicha sin par,
á entrambos esposos
no falte jamás.

AURELIA. Adios, dulce esperanza!

muere, grata ilusion!
no impura me acompañes
al templo del Señor.

ROG. Mi mas bella esperanza
el cielo realizó!
Ah! momento que ansiaba
mi amante corazon!

CORO. Mil siglos de ventura
alcance hoy el baron,
y de tan bella esposa
eterna posesion.

ROG. Todos al templo
marchemos ya:
Dáme tu apoyo,
bien mio!

AURELIO. Ah!

(Saliendo de su distraccion se repone de su abatimiento, y dando el brazo á Rogelio, marchan ambos seguidos de los convidados. Aparece Octavio.)

CORO. El cielo bendiga
el lazo nupcial... etc., etc.

ESCENA X.

OCTAVIO solo.

HABLADO.

OCTAVIO. Se van? negocio acabado:
vive Dios, que me confundo!
Cómo estando yo en el mundo
Aurelia me ha postergado
á un ente de ese valer?
Dudando estoy de lo mismo
que veo! Si es un abismo
insondable la mujer!
Quizá un despecho de amor...
porque es seguro que me ama...
Habrá llegado mi fama
hasta ella, de seductor,
y me teme?.. Asi á cubierto

pone su honor... Oh! es muy lista!
Nada: yo sigo la pista
hasta averiguar lo cierto.
Yo he de vengarme de ese hombre.
Mas, cómo? Ah! famosa idea:
(Repara en las esquelas que estan sobre el velador de piedra.)
Á la tia y la asamblea
convoquemos en su nombre.
¿En la soledad hallas gusto,
buen viejo? Te ha de ser dada
armoniosa cencerada
esta noche, si, es muy justo.
Estas esquelas, idénticas
á las que antes suscribió él,
me ahorrarán tiempo y papel:
las noto y son mas auténticas.
En su estilo peculiar,
y con un lápiz y á pulso,
tendrán de otro idem convulso
autógrafa circular. (Escribe)
«Tia y señora Marquesa:
»señores que honrais mi casa,
»en otra, á una legua escasa,
»os preparo una sorpresa.
»En alegre reunion,
»venid á ella, amables húespedes,
»que en su quinta de los Céspedes
»cena os ofrece... el Baron.»
Con cuatro ó cinco que invite
me basta: estos hablarán
á otros, y se juntarán
á disfrutar del convite.
(Sigue escribiendo.)

ESCENA XI.

DICHO y ANTONIO, con un mozo.

ANTONIO. Bendito Dios! que llegué
al término de mi viaje...
Toma, suelta el equipaje,

(Da dinero al mozo, este se descarga de las maletas y se va.)

que ahora yo preguntaré.
Ay! ay! Uff! estoy donoso!
no puedo andar de agujetas
ni sostener las maletas... (Sentándose.)
Qué viaje tan desastroso!
Caballero en un jumento
emprendí largo camino;
llegué, y hallé á mi sobrino
con mujer... y suplemento!
En fin, ya tal desventura
no evitaré con mi pena...
sufra Marcos la cadena
que le forjó su locura.
Y aun hay tonto que se case?
Estúpido que aun ignora
que la caja de pandora
fué del matrimonio base?
Ah! buen amo! Solterones
tú y yo, y con larga experiencia,
supimos dar preferencia
al buen vino y los jamones
sobre fútiles mujeres.
Prudentes, sabios consejos
son los tuyos, que á los viejos
no estan bien otros placeres. (Se levanta.)
Pues, señor, esto me agrada
si tambien, como preveo,
la utilidad, al recreo
se ajusta; si, esa enramada
con sus árboles lozanos
envia aqui un fresco ambiente...
Bien! guapo! Cómodamente
pasaremos los veranos.
Mas conviene pertrechar
la despensa y la bodega,
dos recetas con que llega
un viejo hasta el centenar...
es decir con la forzosa
condicion de no haber nietos
que con sus juegos inquietos

lo empujen á uno á la fosa.

OCTAVIO. (Dejando de escribir y llamando.)
Hola! Eh! No hay un criado
del Baron?

ANTONIO. Tengo ese honor
hace treinta años, señor...

OCTAVIO. Tú? cómo no te he encontrado
hasta ahora?

ANTONIO. De llegar
acabo: me dió licencia
la bondad de su excelencia,
y vuelvo de mi lugar
á encontrarle aqui.

OCTAVIO Reclamo
tu servicio: es importante
que estas cartas al instante
lleves en nombre de tu amo
á quien los sobres dirige.

ANTONIO. Decidme, el Baron tal vez
llegó hoy aqui?

OCTAVIO. Qué sandez!
Ya hace un siglo!

ANTONIO. Si? lo dije;
su cabeza...

OCTAVIO. Qué enojosa
charla! Haz tu comision.

ANTONIO. Pero...

OCTAVIO. En nombre del Baron
y de su señora esposa. (Marchándose.)

ANTONIO. Dispensadme, caballero:
mi amo es el baron del Val...

OCTAVIO. Pues dél te hablo, voto á tal!

ANTONIO. Pero como él es soltero...

OCTAVIO. No.

ANTONIO. Juro que es celibato! (Irritado.)
vuestra burla es detestable!

OCTAVIO. Qué se entiende, miserable?
me arguye tu desacato?
Las cartas á su destino
lleva sin mas dilaciones. (Váse.)

ESCENA XII.

ANTONIO, solo.

Estaré viendo visiones?
Qué es esto, cielo divino?
«En el nombre de su esposa.»
Tal dijo... Bah! es un dislate
que inventó ese botarate...
no puede ser otra cosa.
Ah! vuelva al pecho la calma:
Mi amo andar en matrimonio?

ESCENA XIII.

DICHO y NARCISO.

NARC. Saludo al señor Antonio?...
(Le hace muchas cortesias.)
ANTONIO. Yo soy.
NARC. Me alegro en el alma...
(Otra cortesia.)
ANTONIO. Quién será este mequetrefe?
Basta ya ó lo tomo á mal.
NARC. Como del baron del Val
soy criado y vos mi jefe...
ANTONIO. (Criado tal zascandil?
Ay! esto se pone feo...
Si desque al baron no veo
y huyendo del peregil?...)
Y decidme... (Estoy en ascuas!)
nuestro amo? (No se acomoda
mi labio á...)
NARC. Está con la boda
contento como unas pascuas.
ANTONIO. (Ay, Jesus! Pues ciertos son
los toros! Pero no es esto:
este y aquel se han compuesto
sin duda con la intencion
de asustarme... Mas con todo,
confieso que ya me escamo.)

Y decidme, se halla el amo
bien en su nuevo acomodo?

NARC. Si, la cruz lleva con gusto.

ANTONIO. Pues á su edad mucho pesa.

NARC. No la de la Baronesa. .
jóven...

ANTONIO. (Yo enfermo del susto.)
Todo es broma, eh? (Riéndose.)

NARC. Que si quieres!

ANTONIO. Si él me ha dicho siempre: «Antonio,
va de retro al matrimonio,
que el diablo son las mujeres.»

NARC. Pues ya cambió de opinion,
como lo vereis despues.

ANTONIO. Aáàá. Ya adivino lo que es...

NARC. Cómo?

ANTONIO. Tal aberracion!
Pobre señor! no debí
dejarle un solo momento!
Ya estoy al cabo del cuento:
creo ya en su boda, si!
una enfermedad muy grave
en Manresa padeció
que el juicio le trastornó:
y aunque el pobre no lo sabe
á veces está hecho un zote.
Le vió aqui alguna devota
del casamiento... «La gota,
—dijo, para su capote—
no implica si el dote es mio;
le atrapo, que á mal andar,
segura estoy de enviudar
cuando asome el primer frio.»
Ah! bribona! embaucadora!

NARC. Pensad lo que hablais un poco.

ANTONIO. Asi se abusa de un loco?
Pobrecillo! Indicadme ahora
su estancia... le quiero hablar.

NARC. Serviros es mi destino.
Venid, que este es el camino ..
Pero os vais á presentar
sin el ramo de costumbre

que ofrecer en homenaje?
ANTONIO. Qué ramo, ni qué...
NARC. Ese traje?
De gala la servidumbre.
Que diria su excelencia?
ANTONIO. Conque es la boda?
NARC. Ahora mismo.
ANTONIO. (¡Ábrete y trágame, abismo!
Que autorice mi presencia
tal cosa?)
VOCES. (Dentro.) Viva el baron!
(En este momento se oye repicar las campanas lejanamente. Ruido de cohetes. Voces de alegria. Una rondalla de mozos del pueblo pasa cantando la siguiente copla.

CANTADO.

ROND. Fortuna tuvo el Baron,
pues halló en la baronesa
el Fénix de las mujeres
con virtud, dote y belleza.
Bien haya la madre
que asi la crió;
y hasta los pañales
en que la envolvió.
Otra moza rubia
mejor no saldrá,
que es la mas hermosa
que hay en Alcalá.

HABLADO.

ANTONIO. Antonio, qué oyes? Qué ves?
NARC. Ahora, segun contemplo,
los novios saldrán del templo.
ANTONIO. Señor!... *Consumatum est.*
Faltarme asi á su promesa?
NARC. Veis como esa gente corre?
Pobres son á quien socorre

la señora baronesa,
y que acuden al reclamo.

ANTONIO. Ay de mí! que ese consorcio
hoy establece el divorcio
entre tí, Antonio, y tu amo.
Sufrir yo tal carga encima
ademas de sus chocheces?
No! no! no!! un millon de veces!

NARC. (Un coche á la verja arrima...
El de el Baron... verdadero!
Conviene que este no vea...)

ANTONIO. Qué miro! nuestra librea...
si, y á Domingo el cochero.
Mi amo es... Ya aqui no hay engaños:
dentro de su traje histórico
que por lujo de metódico
viste hace mas de treinta años.

NARC. (Temo que nos comprometa.)
No os venis á preparar?

ANTONIO. Teneis razon: mi pesar
no implica con la etiqueta.

(Narciso le invita á que le siga; este obedece; pero marchando cómo á remolque, y volviendo la cabeza en direccion á la verja por dónde se ha presentado el Baron. Los mozos de la rondalla, y algunos convidados pasan por detras de la verja y se detienen á felicitar al Baron: este los despide á todos: la rondalla se aleja tocando hasta que gradualmente deja de oirse por la distancia. Empieza á anochecer. El Baron vestirá traje idéntico al de Rogelio y con iguales accesorios.

ESCENA XIV.

El BARON y dos LACAYOS.

BARON. No creí se divulgara
por el pueblo mi venida
ni encontrarme prevenida,
esta fiesta y algazara
de gritos y confusion.
Bah! ocurrencia del demonio
que habrá tenido ese Antonio

por mostrarme su adhesion;
quizá instigado del vicio
que suele!... Evitaré riñas
con él, que el zumo de viñas
le pone fuera de juicio;
y es lástima, que es honrado
á carta cabal, sincero,
probo, y ademas soltero...
ya, como por mí educado,
que en esto estriba el busilis,
de que me obedezca en todo...
menos cuando empina el codo
y me exacerba la bilis...
Y á propósito... es lo cierto
que se me empieza á exaltar
de que no... Id á preguntar (Á los criados.)
si mi mayordomo ha muerto.
Es lo mas extravagante!
se va á su pueblo y no escribe:
llego aqui, y no me recibe...
Pues, señor, bueno, adelante.
Reflexionándolo bien,
tener criados ya es obra,
pues entre el que paga y cobra
no sé yo quien sirve á quien.
Felices los que estan buenos,
sanos y pueden pasar
sin tiránico auxiliar
de los servicios ajenos.
Dígalo Antoñito. Ah! ahí viene:
Malo! El paso vacilante?

ESCENA XV.

DICHO y ANTONIO vestido de gala y con un ramo atado con grande cinta. Llega hasta arrodillarse á los pies del Baron con aspecto compugido y le presenta el ramo.

ANTONIO. Señor! señor! (Casi sollozando.)
BARON. Adelante!
Vaya, ya sé lo que tiene.
ANTONIO. Permitid que respetuoso

este homenaje os presente,
que dedica á vuestra esposa
su criado reverente...
Plegue á Dios que muchos años
goceis... (Ah! el dolor me vende!)
la dicha... (me ahogan las lágrimas.)

BARON. Conque has almorzado fuerte?
Válganos Dios!

ANTONIO. Yo, señor?...

BARON. Deja ese tono de *requiem*,
que no es el que tú acostumbras
á tomar, cuando el clarete
te inspira... prefiero el otro:
no llores.

ANTONIO. Já já já, estoy alegre,
señor, já já. (Esforzándose á reir.)

BARON. Y algo mas,
ya lo observo.

ANTONIO. (Me parece
que está ya mas aviejado
y consumido! Ah! mujeres,
y cuán poco tiempo os basta
para cambiar á un pobrete!)

BARON. Ven acá: ¿no te avergüenzas?
Te has portado hoy ciertamente:
nunca creyera que el dia
en que yo...

ANTONIO. Es que enmudece
el dolor mi labio.

BARON. No;
otra cosa.

ANTONIO. Haced que llegue
esta ofrenda á vuestra esposa.
(Le presenta el ramo, que el Baron tira al suelo con furia.)

BARON. Voto á brios! Qué ramo es ese?
De qué esposa hablas, menguado?

ANTONIO. (Ay, Dios mio! está demente:
bien sospeché! su memoria
y su juicio desparecen
á la vez! Dios nos ampare!
llevémosle la corriente.)

BARON. En vez de buscar disculpa
á tu proceder, te atreves
á chancearte conmigo
con esas bromas soeces?
ANTONIO. (Vamos, está rematado.)
BARON. Ya te he dicho muchas veces
que abusas de mi bondad,
y que tanto vá á la fuente
el cantarillo, que al cabo
llega un dia que se quiebre...
y ese es hoy... que no está el horno
en cochura de pasteles.
ANTONIO. Por ver apagado el vuestro
pienso que es inconveniente
la tal boda.
BARON. Mira, Antonio,
que vas á hacer que te estrelle!
ANTONIO. Maltratadme si asi os place:
pegadme, dadme la muerte
si eso os alivia. (Arrodillándose.)
BARON. Levántate
y contéstame si puedes.
Por qué en un vicio reincides
que te vuelve tonto, imbécil?
No sabes que eso en tus años
la existencia compromete?
ANTONIO. Señor, si no lo he probado...
si sabeis que me lo tiene
el médico prohibido;
si hace mas de cuatro meses
que ni en la comida...
BARON. Basta;
condescenderé en creerte
si me hablas con raciocinio.
ANTONIO. No confundais, señor, este
pesar que me aflige, con
los efectos que suele
producir horrible vicio
que ya dejé para siempre.
BARON. Perdona si te ofendí. (Le da la mano.)
Ahora estimaré me cuentes
cómo en tu pueblo te ha ido.

Pudiste hacer que no lleve
tu chico á efecto su boda?

ANTONIO. Dispensadme que os recuerde
que ya os escribí, contándoos
que mi sobrino!... pobrete!
al verme se echó á llorar...

BARON. Pero tú, firme, eh?—Solemne
disparate hubiera sido
la tal boda! Como siempre
en general lo son todas.
No, Antonio, siempre en tus trece:
no cedas, salva á ese estúpido.

ANTONIO. Y vos, que tan sabiamente
discurris sobre el asunto...
cómo habeis caido en las redes
del matrimonio?

BARON. Otra vez?
Hombre no me desesperes!

ANTONIO. Supongo que vuestra esposa
solo alabanzas merece,
que es modelo de virtudes,
el *non plus* de las mujeres,
que ha de amaros y cuidaros,
que será dócil, prudente...
Pero qué falta os hacia?
Para qué ha sido exponerse
á percances de marido?
No os cuida fraternalmente
vuestro humilde servidor?
No pensais que teneis débil
el cerebro, desde aquella
enfermedad que á inminente
riesgo puso vuestra vida?

BARON. Prosigue. Ya á tu amo tienes
oyendo, brazos cruzados,
los insultos y sandeces
que un criado le prodiga.
Orate, chocho y peneque!
Continúa.

ANTONIO. No señor,
me callo, que es evidente
que el disimulo ó la falta

de la memoria os retiene
en la negativa: yo
os confieso francamente
que me complazco en oiros
negar el hecho: esto vuelve
á reanimar mi esperanza
de hallaros soltero: puede
ser que esos que hablaron
del lance, la intencion lleven
de burlarme ó de burlaros.

BARON. Cómo? Y á quién te refieres?

ANTONIO. Á un lacayo... cortesias,
y á un jóven que estos papeles
(Registrando los bolsillos.)
me dió en nombre vuestro aqui.

BARON. Dámelos.

ANTONIO. Dejad que encuentre
en qué bolsillo los puse...
si en la otra casaca?... en este
tampoco estan...

BARON. Ves, Antonio,
como no debo creerte?
Si te estás cayendo!

ANTONIO. Dale!

BARON. Vé á acostarte, y al conserje
ó á un criado, di que vengan
y mi habitacion me enseñen.

ANTONIO. (Volaverunt la memoria;
ya olvidó hasta en donde duerme!)

ESCENA XVI.

DICHOS y el DIAMANTISTA.

DIAM. El señor Baron del Val?

BARON. Yo lo soy... qué se os ofrece?

DIAM. Dispensadme si os molesto:
pretendo dejar solvente
esta cuenta con vuecencia,
porque deseo volverme
hoy á Madrid.

BARON. Y ese cargo

contra mí, de qué proviene?
no recuerdo...

ANTONIO. (Ya lo creo.)

DIAM. De un collar, cruz y pendientes,
y adornos de vuestra esposa.

BARON. (Furioso y mirando á Antonio.)
Mia?

ANTONIO. *Miserere mei.*

BARON. Vos venis equivocado.

DIAM. No: estuve aqui anteriormente,
y me dijo el mayordomo...

BARON. (A Antonio, con cólera.)
Tú?

ANTONIO. Seria el mozalvete...

DIAM. Un jóven.

ANTONIO. Si, el que habrá sido
de esta boda el...

DIAM. Dijo: en breve
sereis pagado: el Baron
está ahora precisamente
en la iglesia desposándose...
en fin, me dijo volviese:
conque si aprobais la suma...
(Presenta la cuenta, que el Baron rechaza.)

BARON. Qué suma? El demonio os lleve!

DIAM. Permitid, señor, que extrañe...

BARON. Tal pago no me compete.

DIAM. Sin embargo, en nombre vuestro ..

ANTONIO. (Al Diamantista.)
Dispensadle, es que le vende
su frágil memoria, yo
procuraré que recuerde...
Señor, ya veis por las pruebas
que vuestro Antonio no miente,
y que en solos quince dias
que he estado de vos ausente,
habeis adquirido deudas,
y esposa y criados jóvenes...
y si Dios no lo remedia,
tendreis muy pronto el apéndice
de cuatro ó cinco chiquillos.

BARON. Yo?

ANTONIO. Voto al chápiro verde!
que ahora ya os creo capaz
hasta de eso.

BARON. Antonio, vete!
no apures mas mi paciencia.

ANTONIO. Aunque me deis de cachetes
deciros hé la verdad —
Vaya, cumplid los deberes
de caballero y marido.
Qué remedio hay?

BARON. (Me sorprende
tal insistencia... Esa cuenta...
Si algun ratero?... Aqui hay duende.)

ANTONIO. Yo pagaré, que aqui traigo
dinero precisamente,
que ahora pensaba entregaros
de la venta del aceite
del Rumblar: todo está en oro;
tomad y pagad en breve
á esa turba de acreedores,
que ahí dentro he visto impacientes
por cobrar lo suyo... es justo,
justísimo satisfacerles.

BARON. Yo acreedores?

ANTONIO. Y acreedoras:
cobrar sus cuentas pretenden
respectivas cada cual
de ropas, dijes y muebles...
chucherias y embelecos
para el nupcial gabinete.
Hay modistas, tapiceros,
encajeras, mercaderes,
maestro de coches, pintores...
Si hasta hay un fondista...

BARON. Aleve!
te estás gozando en mi ruina?

ANTONIO. Ah! documento fehaciente
(Por las cartas que le dió Octavio.)
que acredita mis asertos.
Veamos si esto os convence.

BARON. De mi proyectado enlace (Ap., leyendo.)
la aprobacion cortesmente

pido á parientes y amigos...
y aqui al dorso se previene,
que esta noche se celebra
en mi quinta de los Céspedes?...
Bravo! dimos con la pista:
ya todo explicacion tiene
para mí... Ahora bien, Antonio,
tú me argüias prudente
y yo te insulté... perdóname.

ANTONIO. Ah! gracias á Dios que os vuelve
la razon: del mal el menos...
entre casado y demente,
lo primero es preferible,
que aunque el cerebro padece
en uno y en otro estado,
tal vez os toque la suerte
de enviudar. Es vuestra esposa
muy robusta?...

BARON. Hombre, ya vuelves
á tu tema? no hay tal boda.

ANTONIO. Ahora niega? Oh: mal me huele!
Estais loco?

BARON. Si otra vez, (Furioso.)
ébrio Antonio, vuelvo á verte,
te arrojaré de mi lado,
y á palos!

ANTONIO. *Delirium trémens!*

BARON. Ven conmigo; atrapar quiero
al bribon que se divierte
en mi nombre... Mas, qué es esto?
(Viendo á los Acreedores.)

ANTONIO. Que os bloquean los ingleses!

ESCENA XVII.

LOS MISMOS y ACREEDORES, que saludan al BARON con repetidas y exageradas cortesías, y rodeándole impiden que se marche. Cada ACREEDOR saca á la mano un pliego de papel.

CANTADO.

CORO. Con el debido respeto...
OTROS. Con la mayor reverencia...
TODOS. Saludamos á vuecencia,
ilustrísimo Baron.
BARON. Dejen cortesias
ya vuestras mercedes,
y sin dilaciones
digan lo que quieren.
CORO. La cuenta de lo gastado
hoy venimos á cobrar.
BARON. Cuentas á mí? os han engañado:
no mandé yo trabajar.
UNA. Soy modista.
UNO. Tapicero.
OTRO. Cordonero.
OTRO. Bordador.
UNA. Yo encajera.
UNO. Perfumista.
OTRA. Yo florista.
OTRO. Yo pintor.
OTRO. Yo guantero.
UNA. Costurera.
OTRA. Cotillera.
UNO. Dorador.
OTRO. Yo ebanista.
UNA. Zurcidora.
OTRA. Planchadora.
UNO. Yo escultor.
TODOS. Y todos, todos sin excepcion
todos somos artistas
de muchísimo primor,

que á cobrar nuestras cuentas
venimos hoy acá:
hacednos efectiva
la suma del total.

BARON. (No son pocos los que piden
que su cuenta satisfaga!
Mas juro que de tal plaga
no seré yo el Faraon!)

CORO. Qué responde vuecencia
á nuestra peticion?

BARON. Que pague vuestras cuentas
cualquiera menos yo.
Sígueme. (Á Antonio.)

CORO. Que se escapa!
(Corren á él y le detienen.)
Es un estafador.
De aqui no salis vivo
sin pagar!

BARON. Voto á Brios!

CORO. Á la cárcel atado
vaya el bribon
que á los artistas
roba el sudor.

BARON. Estos bellacos
por lo que veo,
hoy mi deseo
van á estorbar.
Paga ya, Antonio,
que esto prefiero...
Tomad dinero,
tomad, tomad.

ANTONIO. (Distribuyendo y pagando á todos.)
Eh! poco á poco:
yo á cada cual
daré lo suyo
y nada mas.

CORO. Señor Baron! (Cortesias.)
Bien claro se demuestra
que sois hombre de pró
y del pasado ultraje
pedímosle perdon.

BARON. Sígueme pronto, Antonio.

ANTONIO. Vamos!

CORO. Señor Baron! (Cortesias.)

BARON. Que el infierno os confunda!

CORO. Gracias, señor Baron!

(El Baron pugna por abrirse paso, pero los acreedores lo impiden, abrumándole á cortesias; logra por fin romper la fila de ellos y á la puerta de la verja se encuentra con la rondalla, al verla retrocede, tropieza y cae, y Antonio le ayuda á levantar mientras baja el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un gabinete octágono con puerta en el centro: las ochavas diagonales enfrente del público tendrán balcon practicable, que dejarán ver por encima de sus antepechos las copas de los árboles: otra puerta en cada una de las ochavas inmediatas al proscenio. Al abrirse la del centro tambien se verá detrás de ella la balaustrada de un gran balcon, que se supone estar sobre un terrazo del parque. Es de noche. Al levantarse el telon, oscuridad completa: óyese una tempestad, y sus relámpagos iluminan la escena por las vidrieras de los dos balcones, y por el roseton que tendrá encima la puerta del foro. Entre el ruido de la lluvia y el zumbar del viento se oyen lejanos los campanillos y cascabeles de un coche de colleras, y la voz de su calesero que se acerca cantando una seguidilla, que interrumpe con las voces que dirige al ganado. Breve pausa. Despues suenan fuertes aldabonazos en la puerta exterior, que no cesarán hasta que Narciso (que se presenta por la puerta derecha con un candelabro, que dejará sobre una mesa dispuesta lujosamente y con viandas para dos personas) se asome al balcon de la izquierda, y despues de cerciorarse de quién es el que llama, abre la puerta del centro y desaparece por ella. Á poco, precedidos de un lacayo que alumbra con un farol de coche, entrarán por la misma puerta Rogelio y Aurelia, cobijados bajo una capa que dos lacayos sostienen en

alto para guarecerlos de la lluvia, que se supone caer sobre el terrazo. Los novios visten el mismo traje con que terminaron el acto anterior. Dos camareras llegan trayendo efectos de viaje.

ESCENA PRIMERA.

VOZ del CALESERO, luego AURELIA, ROGELIO, CRIADOS y dos CAMARERAS.

CANTANDO.

Zagala! Carbonera! Voto no vá Dios!
Arrea Cale... *Dejalá! Dejalá!*
Arrea, calesero,
mira que llueve,
mira que llueve... *arri Pulia!*
no salgo de mi paso. *Coronelaá!*
Si cojo la vara, te pinto mas cruces
que tiene un calvario!
no salgo de mi paso...
arri! Oooo! Bueno vá!
aunque me anegue:
que si me mojo,
asi por el camino
no llevo polvo... *Arreé!*
Asi por el camino... *Culebra!*
no llevo polvo... *Sóoo!*
Perote, desengancha el ganao...
y ojo al Bandolero
que arrima una coz al lucero
del alba. Sooo!
(Pausa: despues salen Rogelio, Aurelia y criados)

HABLADO.

ROG. Por fin ya al abrigo estamos
de esa súbita tronada:
cese ya tu pueril miedo,

y perdona, hija del alma,
los sustos que te ocasiona
esta repentina marcha
que hemos hecho. En Alcalá
temí que nos importunaran
con enojosas visitas...
y del baile la algazara
pierde su encanto á mi edad...
y era tan vehemente el ansia
de hallarme á solas contigo
departiendo en sosegada
paz de nuestra ventura,
que fingí celos, y causa
para escapar, y egoista,
hice una calaverada
de muchacho. Me perdonas?

AURELIA. Oh! Yo tambien deseaba
verme sola, aqui con vos,
porque mi labio os prepara
una súplica.

ROG. Qué escucho!
Tú suplicarme? no manda
á tu esclavo.

AURELIA. Si me veis
triste, llorosa, angustiada,
no penseis que arrepentida...
no, señor; la pobre huérfana
que halló en vos un tierno padre,
grabado tendrá en el alma
tal favor, y á Dios bendice
que piadoso asi la ampara.

ROG. Pues qué ocasiona tu pena?

AURELIA. El ver, señor, que rechaza
mi tia vuestra amistad;
que asi se aleje, y que airada
jure no volver á vernos
jamás... Ah! si fuese tanta
vuestra bondad, que quisierais,
por amor á mí, rogarla...
ser vos quien dé el primer paso
que os reconcilie...

ROG. Palabra

de honor desde ahora te empeño,
de ir yo mismo á suplicarla
que acepte á tu lado el puesto
de una madre.

AURELIA. Oh! cuántas gracias
os debo! Cuán bueno sois!

ROG. No, hija mia; quien bien ama
procede asi, y yo te adoro,
porque, sabe en fin... (Se traba
mi lengua... Si á decir voy
quien soy... temo que enojada...
por mi audaz superchería...
Esperemos.) Bien; me halaga
(Mirando á la mesa)
lo que aqui veo: Narciso
logró sacarnos ventaja
en el camino, y dispuso
todo esto. Hola! (Llamando.)

ESCENA II.

DICHOS y NARCISO.

NARC. Aqui esperaba
á que llamaseis, señor.
Señora? (Saluda á Aurelia.)

ROG. Eres honra y prez
de los criados! Viniste
á escape?

NARC. Galopé bien.
(Cuando abandoné la plaza,
(Ap. á Rogelio.)
ya dentro de ella dejé
al enemigo.

ROG. Si? Á tiempo.
tomamos aqui cuartel.
Y nuestras habitaciones
estan?...

NARC. La puerta que veis
conduce á ellas... Son dos;
(Señalando á la izquierda.)
y segun vengo de ver

se comunican entre ambas
y las dos al parque...

ROG. Bien:
creo no necesitarte,
y se pueden recoger
todos...

NARC. Si algo ocurriese,
yo ahí me quedo.
(Señala el balcon del centro.)

ROG. Llamaré,
y si acaso ¿eh?

NARC. Comprendido;
avisaré si hay por qué,
Venid por aqui conmigo:
(Á los lacayos.)
Vuestro cuarto encontrareis
en ese ancho cerredor
(Á las camareras.)
que conduce hasta un cancel
del parque: de guia os sirve
la luz que de aqui se vé.
(Las camareras recogen los efectos de viaje, y se retiran por la puerta derecha. Narciso y los lacayos por la del centro, las dos quedarán cerradas.)

ESCENA III.

AURELIA y ROGELIO.

AURELIA. (Ay, Dios! no sé por qué tiemblo!)

ROG. Sentémonos si te place
á la mesa. Que contento
(Tomándole la mano y sentandose.)
estoy! Qué dulce es hallarse
en posesion de un tesoro...
que, como tú, tantos vale!
Admirar tu bello rostro,
adivinar como late
en tu pecho un corazon
cual latir puede el de un ángel.
Ver el carmin pudoroso
conque empieza á colorarse

tu mejilla! Ay Dios! por qué?
por qué he nacido yo antes
que tú, ó tu edad y la mia
no pueden asimilarse?

AURELIA. Si es que lo estan nuestras almas,
qué os importa? Mi constante
solicitud, y cariño
no han de faltaros...

ROG. Renace,
oyéndote, mi esperanza.
Si; con valor los achaques
de la vejez desafio,
y siento hervir ya en mi sangre
llama vivificadora,
que un nuevo aliento le trae;
augurio de larga vida,
que entera he de consagrarte,
como un hermano... un esposo...

AURELIA. Cual un cariñoso padre!
no es verdad? Solo ese título,
señor, permitios darme,
si quereis verme tranquila:
ademas, que en este instante
solemne, nunca á mi esposo
me atreviera á revelarle,
penas que mi pecho afligen,
y un secreto que le atañe.

ROG. (Hola!) Te escucho, hija mia:
habla ya.

AURELIA. Antes de mi enlace,
no me formé yo una idea
del matrimonio tan...

ROG. Grave?
Comprendo. Tú la tuviste
mas halagüeña? es muy fácil
de explicar tu error. Consiste,
en que hoy te hiere el contraste,
que siempre forman dos seres,
de muy distintas edades.
Tú allá en tus dorados sueños,
y sin de ello cuenta darte,
alegre te prometias

jurar tu fé en los altares,
á un jóven bello, discreto,
apasionado, elegante?

AURELIA. Si; y tan parecido á vos! ..
Como no es decible.

ROG. (Riéndose con satisfaccion.) Diantre
de casualidad! Me halaga
el parangon, y á ser dable
poder endosar yo al *quidam*
mis setenta navidades...
Pero... Ah! propósito inútil!
Estoy, hija, tan distante
de ese tu bello ideal...
ni cómo fuera probable
á no mediar un hechizo?
Tu mente supo forjarse,
quizá, un retrato fantástico,
que no se parece á nadie.

AURELIA. Oh! yo ví el original.

ROG. Ya! en tus sueños?...

AURELIA. No, en un baile,
y en él me habló.

ROG. Hola! que escucho!
(Si habrá bailado con alguien
despues que conmigo? Broma
fuera pesada.) Adelante.

AURELIA. Permitid que mi conciencia
de un gran peso se descargue.

ROG. (Si, el primito?.. de los celos
la espina empieza á clavarse...)
Con qué?

AURELIA. Terminado el luto
que me impuse por mi madre,
del convento en que me hallaba
fué mi tutor á sacarme.
En larga convalecencia,
y tal vez por espaciarme,
una noche me llevó,
á una casa respetable,
donde habia reunion,
y en ella encontré...

ROG. Al danzante,

eh?

AURELIA. Esa noche no bailamos.

ROG. No? (Malo, que yo dos walses
bailé con ella... maldita
curiosidad! fuerza es trague
hasta las heces la copa
del veneno.) Y de qué hablastes
con él, recuerdas?

AURELIA. Oh! mucho!
Cual caballero galante
prodigóme mil lisonjas. .
rindió á mis ojos y talle
mil discretas alabanzas...
suspiró...

ROG. (Que botarate!
no acuerdo haber suspirado)
Phs! no creas que me alarme
tu confesion, y si solo
cambiasteis frívolas frases...
y aun alguna miradilla,
no hay por qué ruborizarse:
ahora, si á mas se atrevió...

AURELIA. Justo es tambien, que os declare,
que á mas llevó su propósito.

ROG. (Malo!) Quiso apoderarse
de una mano? Hé?

AURELIA. Yo las dos
le abandoné...

ROG. Voto al *Drake*!
(Pero este dato se ajusta,
tanto á mí, cómo al bergante
bailarin.) Conque de ambas
se apoderó? Eh?

AURELIA. Si.

ROG. Es probable
que tambien las oprimiese
dulcemente. . y las besase?...

AURELIA. Una besó, que de la otra
desnudar no quise el guante.

ROG. Del mal el menos. (El pícaro
sigue mi escuela.) Y mas tarde,
no exigió mas? nada dijo?

AURELIA. Juró amor, concertó planes
de casamiento, diciéndome,
le era forzoso ausentarse
á Madrid...

ROG. (Ah! es mi historia.) (Alegre.)

AURELIA. Pero que su amor constante
pronto sabria volver,
á vencer dificultades
inmensas, que se oponian
entonces á nuestro enlace.

ROG. Y volvió?...

AURELIA. Ah! no señor!
Huyó falaz ó mudable,
despues que dejó en mi pecho,
ay! indeleble su imágen?

ROG. Sus cartas?...

AURELIA. Ni una escribió,
é ignoro donde se halle.

ROG. Su nombre al menos diria,
y á no ser que le ocultase
bajo otro supuesto...

AURELIA. Dijóme,
ay Dios! este anillo dándome,
que me le dejaba en prenda
Rogelio de Torre-cárcel.
(Besa el anillo.)

ROG. (Bendita sea tu boca!)

AURELIA. Ya no hay para qué le guarde:
tomad, señor, esta alhaja:
destruidla si asi os place,
que ya solo horror me inspira:
no temais que en adelante
ni aun el mas leve recuerdo
pueda mi amor consagrarle.
Yo aprenderé á aborrecerle...

ROG. No lo intentes nunca, no, ámale:
ya no puedo resistir
(Entusiasmado.)
mas tiempo sin revelarte
quien soy! tan cruel amenaza
con pavor hiela mi sangre!
Perdon por mi engaño pido.

Le inspiró amor...
(Poco á poco va quitándose anteojos y nariz postiza.)

AURELIA. Qué lenguaje!
Oh! qué sospecha!

ROG. Piadosa
los brazos tiende á tu amante,
que no ha dejado un momento,
ángel mio, de adorarte!

AURELIA. Rogelio! Oh, Dios! si esto es sueño
no acabes de despertarme!
(Abrazándose.)

CANTADO.

Será cierta tal ventura?...
Dime que no es ilusion!

ROG. Soy Rogelio, soy tu esposo,
á quien Cupido inspiró,
este ardid, que al fin le alcanza,
el premio de tanto amor.

AURELIA. Cómo no ha de perdonarte
mi dichoso corazon,
penas que ayer le amargaron
ay! por las venturas de hoy!

—

En vano tu recuerdo,
del alma mia
quise borrar,
que tu amor en mi pecho,
dia por dia
se arraigó mas:
secreta voz me dijo,
«guárdale fé,
que aunque ingrato le juzgas,
te adora fiel.»

ROG. Bien esa voz le dijo,
porque en verdad,
te ha guardado en la ausencia,
tu tierno amante
fidelidad:
si huyendo tú le vistes,

ingrato y crüel,
mas amante hoy que nunca,
vuélvele á tus pies.

—

Mi Aurelia!
Mi niña!

AURELIA. Mi viejo!
Mi amor!

LOS DOS. Desde hoy mas seremos
felices los dos.

—

AURELIA. El cielo á mis ruegos,
propicio esta vez,
en tí me devuelve
ventura y placer:
en lazos sagrados,
que hoy me unen á tí,
y solo la muerte
podrá destruir;
dichosa llevemos
la vida á su fin,
yo, por tí viviendo
y tú, ay! para mí!

ROG. Ventura cual nadie
por cierto logré,
que amarme te he visto
creyéndome infiel.
Triunfar de mi estrella
alcancé por fin:
ya sagrados lazos
hoy me unen á tí,
nuestra vida en ellos
gozemos feliz,
yo por tí viviendo
y tú, ay! para mí!

ESCENA IV.

DICHOS, OCTAVIO y NARCISO, disputando en la puerta del centro. Rogelio al oirlos se pone los anteojos, etc., y abrazando á Aurelia permanece en esa posicion por algunos instantes. Narciso impide la entrada á Octavio, este le desvia bruscamente y pasa adelante: viene con traje de camino, botas, etc.

HABLADO.

NARC. Ved, señor...
OCTAVIO. Fuera reproches!
ROG. Esa voz...
NARC. Yo! ..
OCTAVIO. En hora mala!
Jamás hice yo antesala...
(Narciso se retira.)
Primitos, muy buenas noches.
Bravo! Quieto el adalid!
(Poniéndole la mano en el hombro.)
Bien! representais airoso
el emblema, *glori-oso*,
de las armas de Madrid!
Prima, recuerdos de tia.
(Dándole la mano.)
AURELIA. Consiente en calmar mi afan?
OCTAVIO. Si; y trae un soberbio plan
que proponer.
AURELIA. Oh! alegria!
Mas dónde está?
OCTAVIO. Yo en mi potro
salí, y ella en su carruaje...
por eso retarda el viaje,
pero de un momento á otro...
AURELIA. Ves? La suerte hoy eslabona (Á Rogelio.)
cuanto anhela mi ventura.
OCTAVIO. Si, dichosa criatura,
(Abrazando á Rogelio con burla.)
te haremos feliz!
ROG. Perdona;

(Á Aurelia, despues de reprimir un impulso de cólera.)

pero tantas emociones
van tu salud á alterar...
Ve, ángel mio, á descansar.

(Acompañándola puerta izquierda.)

AURELIA. No; en fervientes oraciones
á dar mil gracias á Dios
que asi imposibles concilia.

(Octavio va á seguirle, Rogelio le detiene.)

OCTAVIO. Quedad vos, que aqui en familia
tenemos que hablar los dos.

AURELIA. Con pesar de tí me alejo.

ROG. Bien mio, piensa que es corta
la ausencia.

AURELIA. Aun asi me importa.

ROG. Ya la abreviará tu viejo.

(Parándose en el dintel de la puerta izquierda. Rogelio le besa la mano: despues se sienta, saca la caja de rapé, toma un polvo y contempla á Octavio con calma sardónica; este se manifiesta voluble é impertinente.)

ESCENA V.

ROGELIO y OCTAVIO.

OCTAVIO. (Lo impedirá mi coraje.)
Por tan glacial acogida
creyendo estoy, por mi vida,
que no os agradó mi viaje.
Yo soy asi *sans fason*,
y por eso estimé justo
proporcionaros el gusto...

ROG. Gracias... mas, soy tan huron!

OCTAVIO. Ya en fin que os moleste ú os cuadre,
mi celo trae prevenido
suegra al dichoso marido,
y á Aurelia una tierna madre.
É hice mas, pues traigo en fin
—aunque quedan rezagados—
numerosos convidados

que honrarán vuestro festin.
Son las diez: teneis un hora...
que es bastante á preparar
lo que hayamos de cenar.

ROG. Si? (Con socarroneria.)

OCTAVIO. Y un baile hasta la aurora;
que es grato en noche de estio,
al fulgor de las estrellas,
bailar con mujeres bellas
y ahogar con vino el hastio:
broma que llegue al pináculo
del desórden habrá aqui...
como dispuesta por mí...

ROG. Con que?

OCTAVIO. No pongais obstáculo,
y decidme que os es grata.
Ah! bajo de esos balcones,
de cencerros y esquilones
dispuse una serenata.

ROG. Imaginacion traviesa
teneis; mas ved solitaria
la quinta y ya mi diaria
colacion sobre esa mesa...

OCTAVIO. Pues yo iusisto en...

ROG. Perdonad,
primito; os presto mi coche
porque os vayais, que esta noche
no os doy hospitalidad.
Marchad pronto, pues ya veis...
Aurelia me está esperando,
y vos, me estais estorbando,
supremamente.
(Conteniendo apenas su rabia.)

OCTAVIO. Sabeis
que al oiros tan grosero,
mi saña apenas reprimo,
porque sois *viejo* y mi primo?

ROG. Pues, *primo*, de vos infiero
que acaso es por timidez...

OCTAVIO. Temor! Já! já! (Riendo con insolencia.)

ROG. Ó cobardia!

OCTAVIO. Bah! entre vuestra edá y la mia?

Primo, es una estupidez.

ROG. Ved que aun tengo el brazo fuerte,
firme andar... sangre en el ojo!

OCTAVIO. Risa causa vuestro enojo.
Já! já! un duelo? y quizá á muerte?

ROG. Si quereis, sea. (Con calma.)

OCTAVIO. En verdad,
que me halaga la ocasion
de daros una leccion
que os enseñe urbanidad...
mas, me veda tal placer
el, *qué dirian*, maldito,
y el ridículo inaudito,
que en mí vendria á caer.

ROG. Librarse de él? imposible,
ha de ser, al que cual vos,
le ha llevado siempre en pos
de su fatuidad *risible*.

(Estallando de cólera Octavio intenta darle una bofetada, pero Rogelio lo evita asiéndole el brazo por la muñeca.)

OCTAVIO. Insolente; yo sabré
castigar tu atrevimiento.

ROG. Parad vuestro loco intento,
ú el brazo os dislocaré.

OCTAVIO. Oh! soltad!

ROG. Vamos de aqui:

(Le suelta bruscamente y se quita los anteojos, etc.)

OCTAVIO. Qué veo!

ROG. Soy vuestro igual.

OCTAVIO. Y quién?..

ROG. Vizconde del Val.
Reñireis ahora? (Presentándole la mano.)

OCTAVIO. Ah! si! (Estrechándola.)

ROG. Armas?

OCTAVIO. Pistola ú espada...

ROG. De ambas traje yo en mi coche.

OCTAVIO. El sitio y hora?..

ROG. Esta noche,
debajo de la enramada
de ese parque.

OCTAVIO. Allí os espero,

(Da uu paso para salir, pero se detiene á preguntar.)
Testigos?

ROG. Son excusados (Con burla.)
entre dos *primos* honrados.

OCTAVIO. Tardareis?

ROG. No Iré el primero.

ESCENA VI.

ROGELIO.

Bien haya amen el destino,
que asi me ha querido dar,
ocasion para quitar
estorbos de mi camino:
que, si bien el corazon
de Aurelia, por mí palpita,
dice el refran,» *Riesgo quita*
quien evita la ocasion.»
No será desperdiciada,
la leccion que dé á ese tonto...
que no se olvida tan pronto,
una tal cual cuchillada.
Vamos; y la suerte mia,
no se me muestre funesta,
que en una noche como esta,
vive Cristo, sentiria
que el necio que asi me acosa
diérame de cintarazos
cuando me esperan los brazos
de mi Aurelia cariñosa.
Pero no ha de ser asi,
no; de fijo he de vencer,
que el deseo de volver,
diestro luchará por mí.

ESCENA VII.

DICHO y NARCISO.

NARC. Ay, señor! aqui fué troya!
Escondeos!

ROG. Qué te ofusca?
NARC. Que vienen en vuestra busca,
y que dió fin la tramoya.
Estábame yo en un balcon,
entre dispierto y dormido,
y me despavilo al ruido
de voces y confusion:
me asomo, miro hácia abajo,
y diviso entre el ramaje
los faroles de un carruaje
que ha volcado en el atajo.
Gritan: «Acudid, Dios mio!
Socorro.» Pese al demonio!!
ROG. Pero quien gritaba?
NARC. Antonio.
ROG. El mayordomo?
NARC. Y el tio!
Bien reconocí sus voces.
ROG. Si su riesgo es inminente,
socorrámoslos...
NARC. Ya hay gente
que los auxilia: veloces,
vámonos pues á ocultar.
ROG. Si entro ahí, quedo encerrado:
(Señalando la puerta izquierda.)
y si falto, ese menguado
que espera...
NARC. Van á llegar!
(Asomándose al balcon de la izquierda, por el cual salta y detrás Rogelio.)
Seguidme, y llevaros puedo
al cuarto de vuestra esposa...
ROG. Luego; ahora al parque; no es cosa
piense el *primo* tengo miedo. (Vánse.)

ESCENA VIII.

El BARON, ANTONIO, CAMPESINOS. Antonio lleno de lodo con una venda en la frente, y como desmayado en hombros de cuatro Campesinos, que le colocan en un sillon. Otros traen hachones encendidos.

CANTADO.

CORO. Ay, qué desgracia!
Ah! qué dolor!
se ha estropeado
el buen señor.
No se mueve...
no nos mira,
ni respira,
está sin voz.

—

BARON. Esperad á que en sí vuelva,
y descanse en un sillon.
CORO. No rebulle! no se estira:
sus ojos no ven la luz.
No es mentira,
no respira!
no dice ni *tus*, ni *mus*!
Es lo cierto
que está muerto!
BARON. Á ver!... Antonio!
CORO. Jesus!!
Gori, *gori*, *gori*, *gori*,
ya lo pueden enterrar,
que vengan á recogerle
los de la santa hermandad.
BARON. Qué estais diciendo, imbéciles,
solo dormido está,
y bajo la influencia,
de algun traguillo mas.
CORO. Difunto es, y el alcalde
harános declarar:
(Cuchicheando unos con otros.)
escapando evitemos

lo que pueda tronar!
BARON. Que para tales prójimos
otros amasen pan!
CORO. Deseamos que al muerto
(Despidiéndose.)
no ocurra novedad...
El vivo y el difunto
queden los dos en paz.
Con pasito de zorra,
vámonos ya...
no nos llame el alcalde,
á declarar!!
(Se marchan andando de puntillas.)

ESCENA IX.

El BARON, ANTONIO.

HABLADO.

BARON. Despierta si estás dormido,
(Zamarreándole.)
ó deja de hacer el sordo,
que no me gustan chuladas.
ANTONIO. Ah!! me encontré aqui tan cómodo,
que al arrullo de esos bárbaros
me dormí como un cachorro.
Ay!! (Levantándose.)
BARON. Qué es eso?
ANTONIO. El esternon
me duele y los hipocondrios!
BARON. Maulerias para que
te condujesen en hombros
hasta aqui: eres perro viejo;
mas sabes que te conozco
y no me engañas tan fácil:
en fin, logré mi propósito
de llegar aqui esta noche,
sin mas percance que roto
el eje...
ANTONIO. De mis costillas,

y haber estado en remojo
entre el agua del chubasco
y media vara de lodo;
amen de cuatro chichones,
y quedar vos medio cojo...

BARON. Lo doy por bien empleado,
si acierto atrapar al prójimo
que sin voluntad me casa
y es de mis fincas condómino.
Hola! La mesa servida?
No se descuida mi socio ..
Mi otro yo? Esta licencia
que se toma le perdono,
en gracia del apetito
que hice en el viaje: sentémonos.
Jurara que está caliente
el asiento...

ANTONIO. (Qué meollo!
Ya no se acuerda que él mismo
mandó prepararlo todo:
qué lástima de señor!
Tiene por cabeza un corcho!
Perdon del cielo no alcance
la pícara que de un soplo
le acabó de trastornar
el juicio.)
(Toma la botella y sirve vino al Baron.)

BARON. Está muy sabroso.
No hay aqui mal cocinero...
Dame tu opinion, goloso,
tomando algun *tente en pie*,
pero de vino ni un sorbo,
que es llover sobre mojado,
y un trago mas... Dame...
(Le quita la botella de la mano.)

ANTONIO. (Chocho
completamente.)

BARON. No quieres
de este gazapillo el lomo?

ANTONIO. Ay, no señor; si comiera
algo, fijo era un cólico;
tal estoy desazonado...

BARON. Por fuerza, hombre, si con poco
que abuses de la bebida,
créeme, caerás al hoyo.

ANTONIO. Dale en la tema!... no es eso
causa de mi reconcomio.

BARON. Qué te aflige?

ANTONIO. Una noticia
que escuché al cruzar el pórtico
de esta quinta.

BARON. Mala?

ANTONIO. Mala.

BARON. Dila, y la sabremos todos.

ANTONIO. Por mas que vos persistis
en negar vuestro bodorrio,
yo, doquier que escucho y veo,
me hallo con contradictorios
datos que en él me confirman...
y esto me causa un trastorno.

BARON. Qué paciencia necesito,
para tolerarte, Antonio!
Quiero suponer, menguado,
que un dia me volví loco,
y como tal me casé...
Dí, por qué razon, ni cómo
te lo habia de ocultar?
Crees me asustara el coco
de tus necias reprensiones?
Mi albedrio no es omnímodo,
y mi persona libérrima?
Ó eres tú, quizá mi novio?
Vaya! pero á qué me canso
en persuadir á un beodo!
Sírveme agua y en silencio...
Ó vete á dormir el lobo,
que te está mejor.

ANTONIO. Ya callo.

(Pausa. Da una patada de impaciencia y dice sollozando.)

Sin embargo, es doloroso
lo que me está sucediendo;
con el alma me propongo
creer lo que me decis,

y cuando tranquilo logro
verme, cata un incidente
que hace cambiar mi propósito.

BARON. Ya! si estás viendo visiones...

ANTONIO. Señor, yo os veo á vos solo...
metido en un laberinto
muy intrincado!

BARON. De él pronto
saldremos, que las revueltas
que á tí te ofuscan conozco
perfectamente.

ANTONIO. Al traerme
descuadernado y modorro,
escuché á algunos criados,
murmurando unos con otros,
que estaba la baronesa
retirada en su oratorio
esperándoos.

BARON. Si? me alegro:
con ella estará su esposo,
y eso me abrevia el camino.
El lance ha de ser chistoso
al hallarnos cara á cara
la señora, yo y mi homónimo.
Verás ahora cuan presto
la intriga acaba...

ANTONIO. *Malorum*!

(El Baron se levanta muy resuelto á marchar, pero se detiene escuchando la voz de Aurelia.)

CANTADO.

AURELIA. (Dentro.) La que ausencia y cruel desvio
de su amante ayer lloraba,
hoy que se ve de él amada
presa es de un nuevo dolor.
Con su tierno y fiel amante
ya la unen estrechos lazos,
pero al no verle en sus brazos
teme que es todo ilusion.
Ven, esposo mio:

ven, calma mi afan:
jura que constante
siempre me amarás.

BARON. Oh! qué dulce acento
qué voz celestial,
tan grata á mi oido
no llegó jamás.

ANTONIO. Veis cómo ya os llama?
En la soledad
se aburre la pobre,
y eso es natural!

AURELIA. (Dentro.) —
Triste imágen soy de aquel
que jamás en su agonia
vió la luz del claro dia
ni á las estrellas brillar;
y por milagro un instante,
del astro radiante y bello
alcanza ver un destello
y vuelve á la oscuridad!
Ven, esposo mio,
ven, calma mi afan,
jura que constante
siempre me amarás.

ROG. (Dentro.)
Ya tan solo un breve espacio
nos separa, ángel del cielo;
tambien impaciente anhelo
entre tus brazos estar.
Iré, esposa mia,
á calmar tu afan;
en tanto mi alma
contigo estará.

BARON. Voto á brios! qué lance!
es particular,
y que va picando
mi curiosidad.

ANTONIO. Del Baron la cruz
menos pesará...
Tiene un *cirineo*
que le ayudará.

HABLADO.

ANTONIO. Y bien, qué direis ahora?
Era yo el crédulo, el tonto?
veis cómo hay una *calandria*
en nido, y volando un *tordo*?
BARON. Te confieso que me admiro!...
diré mas, que estoy absorto!
Qué voz! me estasié escuchándola!
ANTONIO. Ay! hicimos buen negocio...
le atrapó una *prima donna*.
BARON. *Superba!*
ANTONIO. Ya es *primo donno*,
qué alabanzas le prodiga!
BARON. Como no eres filarmónico
no te es dado conocer...
ANTONIO. Si, señor, conozco al *bobo*
de Coria y al papa moscas
de Burgos.
BARON. Pues yo conozco
la voz del *quidam*: la he oido,
pero no sé en donde.. como
no sea acaso en la córte...
en los Caños...
ANTONIO. Si, el famoso
Chupanoni, ó *Rufianini*:
BARON. Pero aqui, á qué?...
(Se dirige á mirar por la cerradura de la puerta izquierda.)
ANTONIO. Á vuestros cotos,
como buen piamontés,
vendrá á cazar algun oso
—conocido mio—á quien
hará bailar como á un trompo.

ESCENA X.

DICHOS, la MARQUESA y OCTAVIO, que entran por la puerta derecha.

MARQ. Me admira lo que me cuentas!

conque es un jóven?

OCTAVIO. (Sin mirar al Baron.) Con él
os dejo, que en otro sitio
me reclama mi deber:
caballero, aquesta dama
(Desde la puerta, al Baron, que se vuelve con sorpresa al escuchar la voz; lo mismo hace Antonio.)
pretende hablaros.

BARON. Á mí?
(Saluda á la Marquesa.)

ANTONIO. Eh!

OCTAVIO. No olvideis que yo os aguardo;
y mucho os estimaré
que recordando la mia
esta visita abrevieis. (Váse foro.)

ESCENA XI.

DICHOS menos OCTAVIO.

ANTONIO. (Qué tono de quimerista!)

MARQ. (Esto equivale á un cartel
de desafio.)

ANTONIO. (Si es esta
la esposa, no hay que temer
mas que la mitad del daño,
que en cuanto á niños, no ha de
darnos muchas pesadumbres.)

BARON. Señora, si?... (Ofreciendo asiento.)

MARQ. (Es muy cortés.)
Caballero... (Mas qué miro!
(Observándole y sentándose.)
ni el mismo Matusalen...
Con qué ojos le miró Octavio?)

ANTONIO. (Demonio, y qué fea es!)

MARQ. (Bah! inspirado por los celos
le tomó por un doncel...
qué ciegos son los amantes!)

BARON. Me es permitido saber,
señora, á quién tengo la honra
de ofrecer mi casa?

ANTONIO. (Pues!

cómo tendrá la memoria
que ya olvidó á su mujer.)

MARQ. Aunque extraño tal pregunta...

ANTONIO. Ay! ya lo creo!
(Á la Marquesa, que le contiene con una mirada.)

MARQ. Os diré
que mi difunto consorte
se tituló... ay! el marqués
de Asta-sola.

ANTONIO. (Bello título (Al Baron.)
si os le transmite.)

BARON. Conque...
del buen señor don Venancio
Cabralles, que en gloria esté,
sois la viuda?

MARQ. Hace treinta años
que le lloro!

ANTONIO. Llorar es!
(El mismo juego.)

BARON. Fuimos los dos muy amigos
de muchachos.

ANTONIO. Pues, ayer! (Id.)

BARON. Yo le aventajaba en años:
supe que en la *Seu de Urgel*
tomó estado, y que...

MARQ. Ay! conmigo!
yo, palomita sin hiel,
le entregué mi blanca mano...

BARON. Sí, ya recuerdo tambien...
(Que malos ratos dió al pobre,
segun fama) (Á Antonio.)

ANTONIO. (Pues vereis,
como nos los dá mayúsculos
á vos y á mí.)

BARON. Ahora bien,
dejando aparte, señora,
recuerdos de la niñez,
decidme cómo aqui os hallo
y el objeto que traeis?

MARQ. Una grande transaccion
véngoos á proponer;
que si prudente aceptais

á todos dará placer.
Aurelia, señor, es mi hija,
aunque no la he dado el ser...

ANTONIO. Pues es fenómeno extraño.
(Á la Marquesa.)

BARON. Aurelia?—Tú sabes quién?...
(Distraido á Antonio.)

ANTONIO. Perico de los palotes...

BARON. No preguntaba... (Con enfado.)

ANTONIO. Pensé...

MARQ. Ya que aparentais olvido,
que es vuestra esposa sabed.

ANTONIO. No lo aparenta: es que tiene
la cabeza hecha un babel
con el casorio... (Á la Marquesa.)

MARQ. Insolente,
lacayo, no os inmiscueis
en sérios asuntos.

ANTONIO. Yo?

BARON. Antonio! (Imponiéndole silencio.)

MARQ. Conozco que
ha de seros muy sensible
privaros á la vejez
del tesoro que adquiristeis,
mas que por vuestro valer...
(por mucho que le apreciemos...)
por la infantil candidez,
de la que en vos no ha mirado
mas que un medio de romper
el yugo con que tirano
la oprimia un tutor cruel;
pero muy altas razones
de moral y de interés
recíproco, os aconsejan
que reflexivo os pareis
en el borde del abismo
que abierto está á vuestros pies...
un divorcio es panacea
para inmensos males, que
sangrientos os amenazan.
Con que, aceptadle, y tendreis
derecho á la gratitud

de dos, y conmigo tres,
personas, que os deberán
su dicha...

ANTONIO. (Decid amen, (Al Baron.)
señor, y Cristo con todos.)
Ya veis que apoyo. (Á la Marquesa.)

MARQ. Otra vez?
Si he de proseguir hablando,
exijo que de aqui echeis
á ese hombre.

BARON. Déjanos solos.

ANTONIO. Y si ella?...

BARON. Retírate.

ANTONIO. Os engaña?

BARON. Que se entiende? (Echándole.)

ANTONIO. Maldecida de cocer! (Váse.)

ESCENA XII.

El BARON y la MARQUESA.

BARON. Libre de ese mentecato,
en coloquio mas tranquilo,
volved á anudar el hilo
de vuestro extraño relato.

MARQ. Á vos toca responder,
que yo ya explané el negocio,
que asi llamoá este divorcio...

BARON. Qué propone mi mujer?

MARQ. No es ella quien lo propone,
inofensiva paloma:
soy yo, quien á pecho toma
tal asunto, y lo dispone,
en vuestra pró y la de todos.

BARON. La de todos? Buena es esa!
pues, á mí en qué me interesa?

MARQ. En poder, con buenos modos,
complacer á vuestra esposa,
alejándoos de los males
y consecuencias fatales
de una boda tan monstruosa.
Ya vuestro negro destino,

no os ha revelado el labio
de ese jóven?
BARON. Quién?
MARQ. De Octavio.
BARON. No sé quien es.
MARQ. Mi sobrino.
Juzgad si estará ofuscado,
que os creyó jóven y fuerte,
y celoso... un duelo á muerte
dejó con vos concertado.
BARON. Conmigo? No: si ahora poco
le vi por la vez primera. .
ni ocasion de esa quimera
dile yo, jamás tampoco...
Yo, si, formularla trato
á alguien, que en sério ó de broma,
mujer en mi nombre toma,
y en mi quinta entra á rebato:
y á mas de otros sinsabores
que me da cuando le busco,
tambien me ha endosado el chusco
un emjambre de acreedores.
MARQ. No á mi asunto deis de mano
inventando una comedia...
temed que pase á tragedia
y en perjuicio del tirano!...
BARON. Á mi propósito no es
un desenlace tan fiero:
no; aunque me cueste el dinero
quiérole yo de *entremés.*
MARQ. Si; mas os cuadra en razon
un papel en esa pieza;
un marido que bosteza
solitario y bonachon...
y que en nada toma parte,
que se acuesta con el dia,
y que en cierta cofradia
le nombren *Porta-estandarte*.
BARON. Señora...
MARQ. Si; es vuestro *sino*:
y Aurelia cerca de vos,
al compás de vuestra tos

danzará con mi sobrino;
y al ver vuestra senectud,
verá, del diablo inspirada,
su libertad supirada
salir de vuestro ataud.

BARON. Pero á qué viene cantarme,
señora tal palinodia?

MARQ. Porque una mujer cuando odia...

BARON. Pero á mí, por qué ha de odiarme?

MARQ. Por vuestros torpes amaños.

BARON. Ved que hallo en mi genio adusto
vuestra broma de mal gusto,
é impropia de vuestros años.

MARQ. Mis años? (Levántase irritada.)

BARON. Corran pareja
con los mios.

MARQ. Buen despique... (Riéndose.)

BARON. Si; y una vez roto el dique
os diré que aun sois mas... vieja!

MARQ. Já, já, já! Qué picarillo!
qué bien la cuenta ha ajustado!

BARON. Cabal; con vos comparado
me considero un chiquillo.

MARQ. Já, já! Y con harta razon
veo en vuestra boca un diente...
niño sois, precisamente
que empieza la denticion:
mas tarde ireis á la escuela,
y educado con esmero,
curareis de lo grosero
que anduvisteis con la abuela!
Os enseñarán palotes,
y á saber que hay bufonada
que castiga con la espada
un primo, maestro en azotes.

BARON. Señora, ved...

MARQ. Ya me alejo;
pero advertid lo que os digo;
el rapaz tendrá castigo,
pero ¡ay! del que espera al viejo!

ESCENA XIII.

EL BARON solo.

Me amenaza, voto á tal,
cuando soy yo el penitente?
Pues, señor, ya es evidente
que existe esposo y rival...
digo, si no desatina,
á sus propósitos finge
toda esta historia, esa esfinge,
tan cócora y parlanchina...
Casi que hay crimen preveo...
que hablóme de un tutor Judas,
que ha vendido... Entre mil dudas
me ofusco ya, y me mareo...
Se atenúa mi querella...
pues pienso que si una esposa
de mogollon se me endosa,
tambien me divorcian de ella.
Pero quién será el canalla
que me inviste de marido?
que interés habrá tenido
en ponerme de pantalla?
Y debemos parecernos
los dos como gotas de agua,
ó esa gente se lo fragua,
que asi nos confunde al vernos
ocupando uno el lugar
del otro: pues, voto á quien!
que si la esposa tambien
da en eror tan singular,
podré de un modo sencillo
aclarar lo que hay aqui,
y aun vengarme del que asi
me trae hecho un zarandillo.
Eso, ha tener yo mas ancha
la conciencia, que en la mia
no cabe... ni es mi hidalguia
capaz de tan ruin revancha.
Pero ya mas dilaciones

no sufro: y que venga ó no
á buscarme... entraré yo
por esas habitaciones
á inquirir la bella dama
que con su voz ha un instante
llamó á su esposo anhelante...
veré si soy yo á quien llama.
(Se dirige á la puerta izquierda. Antonio sale por la del foro y le detiene.)

ESCENA XIV.

DICHO y ANTONIO.

ANTONIO. No, no lo consentiré.
Adónde vais?
BARON. No te importa.
ANTONIO. Ya sé que quereis batiros
con espada ó con pistola...
De todas vuestras locuras
esta es la peor de todas!
Reñir á esa edad por celos
que teneis de vuestra esposa?
BARON. Yo!
ANTONIO. Lo oí á vuestro rival.
BARON. Quién es!
ANTONIO. El mismo que en solfa
lloró hace poco.
BARON. El que aqui
entró con esa señora
de edad?
ANTONIO. Con vuestra mujer,
la marquesa de *Asta-sola.*
BARON. Y tú hablaste con ese hombre?
ANTONIO. Si señor... ó es igual: toma!
le he oido cuchicheando
con el criado... á la moda
que en Alcalá recibisteis...
BARON. Otro lio?
ANTONIO. No! (Que cholla!)
Ya no os acordais? Un jóven
listo, de cara redonda...

con el otro de las cartas
midiendo estaban las hojas
de dos lucientes espadas,
para ver cual es mas corta,
y unas pistolas cargando...
con la luna que ahora asoma
é ilumina esa alameda,
pude ver...

BARON. Que batahola!
Pretendes quitarme el juicio?

ANTONIO. Ah! para que? Si la boda
el poco que os quedó sano
se chupó como una esponja?

BARON. Antoñito! Voto al chápiro! (Furioso.)

ANTONIO. Oh, no! Calmad vuestra cólera,
y olvidad el desafio,
ya que olvidais tantas cosas.
No intenteis reñir... (Suplicante.)

BARON. Calla. Abren
aquella puerta... es mi esposa!

ANTONIO. Jesus! Otra mujer jóven?

BARON. Vete!

ANTONIO. Quereis?

BARON. Si; me estorbas!

ESCENA XV.

DICHOS y AURELIA en bata blanca y una luz, que deja sobre la mesa.

CANTADO.

AURELIA. Ingenio y valor
el cielo me dé,
y el perdon del tio
yo conseguiré.

BARON. Qué bella y simpática...
qué bonita es!
fácil me resigno
con esta mujer.

ANTONIO. Embobado está,

ya veo, pardiez,
que aunque viejo y chocho,
bien supo escoger.

—

BARON. Estoy á vuestras órdenes:
teneisme que mandar?
AURELIA. No mandan las esclavas...
Oh! señor, perdonad!
Obedecer me toca.
ANTONIO. Hum!! Qué gazmoña está.
Obedecer me toca. (Remedándola.)
Oh! señor, perdonad!
BARON. Graciosa es... verdá, Antonio?
ANTONIO. Ya está hecho un mazapan...
y á pares las mujeres
tiene como un sultan.

—

BARON. Bendigo ya mil veces,
preciosa criatura,
la dichosa aventura
que os ha traido aqui:
sentiré que el influjo
que á venir aqui os mueve,
se cambie, ay! y os lleve
quizá lejos de mí.
AURELIA. No temais, que el destino,
que mi dicha procura,
labre mi desventura
llevándome de aqui:
siguiendo voy su influjo,
é iré donde él me lleve:
aqui él me trajo, y debe
hacerme aqui feliz.
ANTONIO. Con esa moneria
fascina y atolondra
al amo como á alondra
que acecha algun reptil.
BARON. Con vuestra gracia y candor
dueña os hicisteis de mí.
AURELIA. Y vos de mi corazon
desde el momento en que os vi.
ANTONIO. Si la Santa Inquisicion

llega á penetrar aqui...
Dios mio! y qué chamuscon
tendrán eunuco y visir!

—

AURELIA. Oh, Dios! mi intento,
logré alcanzar,
que en él mi dicha,
cifrada está.

BARON. Es la aventura
particular;
mas sus percances
arrostro ya.

ANTONIO. Ay! cuál se alegra!
Esa beldad,
juicio y memoria
le volvió á dar.

HABLADO.

BARON. Vé á descansar, Antonio, que pretendo
el misterio aclarar de todo embrollo.

ANTONIO. No he de irme, señor, que á lo que entiendo
quereis ahora echárosla de pollo
delante de esa niña.

BARON. Ruégote que te vayas, ó habrá riña.
Vete!

ANTONIO. Ay, señor! dejaros en tal trance?
y si acaso os sucede algun percance?
No os asusta el peligro?

BARON. Cuál, badea?

ANTONIO. El rival que la caza os goluzmea.
Ved que es espadachin y un botarate,
y que en un *tris tris trás*! diestra la mano ..

BARON. No le temo: anda, vete... y no temprano,
vendrás mañana á traerme el chocolate.

ESCENA XVI.

EL BARON y AURELIA.

(Desde luego me conviene
mostrarme amable, y asi

mas fácilmente podré
su designio descubrir...
Y es bonita... vive el cielo.)
(Acercándose á ofrecer una silla.)

AURELIA. Se acerca...

BARON. Si permitis?

AURELIA. Os doy mil gracias, señor. (Sentándose.)

BARON. Yo fuera muy incivil
si á una dama que posee
una voz de serafin,
con el rostro de un querube
y su candor infantil,
mi respetuoso homenaje
no rindiese. Es de inferir
que sois la preciada Aurelia,
con quien—un juego pueril
y misterioso—me enlaza
para siempre, no es asi?...

AURELIA. Si, señor; la mujer soy
que se ha propuesto vivir
para vos, y consagraros
su existencia.

BARON. Algo sutil
es la respuesta: la acepto,
por lo bien que me está á mí.
Mas despues de haberos visto
y de haber sentido aqui
(Señalando el corazon.)
una agradable emocion,
que no acierto á definir,
mas ambiciona el deseo
y piensa, que es baladí
vuestra oferta.

AURELIA. Es que á ella
otra tengo que añadir.

BARON. Veamos cual.

AURELIA. Ni un momento
he de cesar de inquirir,
de adivinar vuestros gustos,
y si dependen de mí,
nunca, jamás, os lo juro,
se dejarán de cumplir;

y si á fuerza de cariño,
de amor, consigo por fin
veros dichoso, creedme,
yo tambien seré feliz.

BARON. (Qué ambigüo lenguaje es este!
vive el cielo que entre mil
congeturas me confundo,
y no sé qué presumir.)
Laudable es vuestro propósito...
Mas perdonadme, creí
tener por mi estado derechos
—que nunca os he de exigir—
á otros afectos mas íntimos
que los mismos que venis
á ofrecerme generosa...
porque puedo consentir
veros piadosa enfermera
de aqueste anciano infeliz
lleno de achaques? Habeis
de entregaros al tragin
y cuidado de una casa?
No quiero tal porvenir
para vos: fragante rosa,
en mas ameno pensil
ostentar debe sus galas,
que en el antro en que viví
tanto tiempo solitario...

AURELIA. Viviremos en Madrid,
si asi os place: en él podremos
de vuestro humor reunir
media docena de amigos
que sin etiquetas ni
cumplidos, os hagan grata
la vida.—En este pais
pasaremos los veranos
viendo vuestras tierras, y
socorriendo solícitos
al labrador infeliz
que no centuplicó el grano
que sembró por el Abril,
y con goces que se ajusten
á vuestros años, en fin,

recobrareis la alegria
de vuestra edad juvenil.

BARON. Bello programa! Magnífico!
Mas lo viene á destruir
una negra idea.

AURELIA. Oh! cuál?

BARON. Un pensamiento ruin
que me asalta viéndoos bella,
me asusta viéndome á mí:
me pintais un paraiso
que ni en sueños concebí,
y en el cual siendo vos la Eva,
no habria mas que pedir:
mas temo que entre nosotros
se interponga algun Cain
fratricida, que inhumano...

AURELIA. Y qué os hace discurrir?...

BARON. Con rubor os lo confieso,
siempre en una ruda lid,
estuve con las mujeres...
pero... ¡ay! Aurelia, yo os ví
y se ha trocado mi ser.
Veo ese talle gentil,
flexible cual ténue palma;
miro vuestros ojos, y...
al ver mis merecimientos
recelo que...

AURELIA. Qué, decid?

BARON. Tengo celos!

AURELIA. Y de quién?

BARON. De quién? Del tierno Amadis
que hace poco á vuestro canto
respondió desde el jardin;
le aborrezco.

AURELIA. Y él os ama
como ama al tronco la vid.
Perdonadle, yo os lo ruego.

BARON. Que le perdone decis?
sepa yo cual es su culpa.

AURELIA. Amarme y amaros, si...
ese es solo su delito...

BARON. Y por qué me huye?...

AURELIA. Ahí,
(Señalando puerta izquierda.)
anhelante está esperando
que yo alcance á redimir
su falta cerca de vos.
Deme vuestro labio un si
en su favor, devolviéndole
vuestra gracia.

BARON. Consentir,
sin verle, en vuestra demanda?

ANTONIO. (Desde dentro)
Válgame las once mil.
No hay quien auxilie al Baron?

BARON. Esas voces...

ANTONIO. Acudid!

AURELIA. (Ap.) Si acaso Octavio y mi esposo
citáronse á combatir
y Rogelio bajó al parque?

BARON. Pero qué es?

AURELIA. Vedlos allí
(Al balcon derecho.)
á los dos bajo los árboles!
Ah!
(Cae desvanecida en una silla junto al balcon.)

BARON. No puedo resistir
mi impaciencia. Oh! qué sospecha
me acude!... pongamos fin
á tantas dudas, y entremos
á ver quién me aguarda aqui.
(Se entra por la izquierda.)

ESCENA XVII.

AURELIA y ANTONIO.

ANTONIO. Ved que matan á mi amo!
señora, á vuestro Baron!

AURELIA. Está herido? (Levantándose.)

ANTONIO. No, señora,
él la espada le quebró
al otro, y este ahora insiste
en probar suerte mejor

con la pistola.

AURELIA. (Va á quitarse del balcon, pero no puede.)
Ah! corramos
á impedir... No puedo, ay Dios,
moverme... mis pies se clavan
en el suelo.

ANTONIO. Lo que es yo (Temblando.)
si tuviesen campanillas
mis piernas, con el temblor
repicar podria á gloria.
Uf! quitaos del balcon!
no sea venga una bala
perdida. (Suena un tiro.)

AURELIA. Ah!
(Da un grito y cae desmayada en brazos de Antonio.)

ANTONIO. Dios de Jacob!
la misma bala la ha muerto
que quizá atravesó
á ambos combatientes.

ESCENA XVIII.

DICHOS y el BARON.

BARON. Ese
(Desde la puerta izquierda.)
tiro?...

ANTONIO. (Ay! pobre baron! (Para sí mismo.)
y qué fin tan desastroso
tuviste!)

BARON. Quién disparó? (Acercándose.)

ANTONIO. Jesus mil veces! Pues cómo?
sois acaso encantador?
Cómo á la vez que en el parque
estais en este salon?

BARON. Deja simplezas, no es hora
de ellas...

ANTONIO. Decidme, señor:
qué hacemos de vuestra esposa?
Temo que... se desmayó
al oir el tiro...

BARON. Ayúdame
á ponerla en un sillon:
ve á traer un vaso de agua
ó una esencia... pronto!

ANTONIO. (Estirándose despacio al foro.) Voy!
Viejo! quisiste bodorrio?
pues toma tribulacion!

BARON. Eso es! Paso de tortuga!

ANTONIO. Ni un ciervo corre mejor. (Váse.)

ESCENA XIX.

El BARON, AURELIA desmayada.

BARON. La estancia encontré vacia
é inútilmente buscó
mi curiosidad en ella
al incógnito bribon
que asi nos inquieta á todos...
si le atrapo, voto á brios!
que no reirá la gracia.
Aurelia!... Vuelve el color
á su rostro...
(Aparece la Marquesa.)

ESCENA XX.

DICHOS, la MARQUESA.

MARQ. Permitidme,
oh! magnánimo Baron,
que os bendiga y os abrace.

BARON. Señora! (Con disgusto, apartándose.)

MARQ. Cuán noble sois!
Próxima ya á recogerme,
hasta mí llegó un rumor
y el ruido de dos aceros
que se chocan: al balcon
me asomé, y aunque lejanos
os veo á Octavio y á vos
combatiendo... Qué os diré?
Vuestra generosa accion,

al desarmar á mi Octavio
mi odio tambien desarmó:
despues, cuando por la suerte
recibisteis el favor
de disparar el primero,
y vi por la posicion
de vuestro brazo, que el plomo
por el espacio cruzó,
se extinguió en mi pecho el último
átomo de mi rencor.
Mas, qué veo? Entusiasmada
no advertí... (Repara en Aurelia.)

BARON. Esa relacion
no es del caso... Ved á Aurelia
que reclama...

MARQ. Se privó
sin duda al ver el peligro
en que habeis estado?

BARON. (De mal humor.) No:
yo no corro aqui ninguno
si no me le causais vos.

ESCENA XXI.

DICHOS y ANTONIO, que saca un vaso de agua.

ANTONIO. La vieja! pareció aquello!

BARON. Dame acá.
(Tomando el vaso y haciendo beber á Aurelia.)

MARQ. Hija, soy yo!
Ya abre los ojos... respira...

BARON. Aurelia! Aurelia!

AURELIA. (Volviendo en sí.) Ah, señor!
dónde está mi esposo? dónde?

MARQ. Á tu lado...

ANTONIO. Hecho un Sanson!

AURELIA. Le habeis visto y perdonado?
Os debo tal galardon?

BARON. Concedéroslе no puedo
si ese villano impostor
que asi con mi nombre juega
y escándalo y confusion

produce do quier que pasa,
no llega aqui de rubor
cubierta la faz y humilde
proclama con alta voz
con qué intentos atropella
las leyes del pundonor!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ROGELIO y OCTAVIO, este con la mano vendada, Rogelio vestido con elegancia.

OCTAVIO. Por él aboga un amigo,
un hermano...
MARQ. Ahora son dos?
ROG. Escuché vuestro deseo,
y á tus pies, señor, estoy,
declarando que mi crimen
fué solo un ardid de amor,
que para orillar obstáculos
mi fé constante buscó:
perdodadle, á quien como hijo,
tanto os respeta, señor.
BARON. No me das la mayor prueba,
insigne calaveron!
Ya ha rato que adiviné
que eres tú el fantasma: no;
no hay otro tan atrevido...
En fin, mi perdon te doy
con gusto, ya que al casarte
tuviste buena eleccion.
(Abrazando á Aurelia y Rogelio.)
MARQ. Pero qué pasa?
ANTONIO. Que mi amo
enviuda, de esa, y de vos.
BARON. No tal, Antonio, me caso
con este ángel. (Abraza á Aurelia.)
AURELIA.
ROG. } Ah! señor!

CANTADO.

AURELIA. Sed mi padre solícito;
yo vuestra hija amante:
respeto, amor constante
no han de faltaros, no:
Rogelio, amado esposo,
contempla mi alegria,
tú me diste en un dia
tierno padre y tu amor!

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 8 de Abril de 1862.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

COMEDIAS.

Castigo de la impiedad.
Travesuras de Carpanta.
Empresa arriesgada.

EN UN ACTO.

Ahogarse á la orilla.
Paco y Manuela.
Similia similibus.
Una noche en Trijueque.
El amor de una pollita.
Percances de un subarriendo.
Un par de guantes.
El tirano de la venta.
El domingo de piñata.

ZARZUELAS.

El paje de la duquesa.
Amor y travesura.
El alcalde de Tronchon.

María.
n 1818.
vista de pájaro
re bojuelas.
de Polonia.
ó la Emparedada.

Blanco.
se entiende, ó un hom-
ido.
contra nobleza.
lo oro lo que reluce.

de enmienda.
rio revuelto.
y por el.
idas las de honor, ó el
vio del Cid.
erta del jardin.
caballero es D. Dinero.
veniales.
castigo, ó la conquis-
onda.

vido al Coronel.
ucho abarca.
te la mia!
el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid).*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabe llos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

y Medoro.
buena ley.
is feo.

la Gitana.
Marte.
lora.

ndo.
iquita.
nto, ó el Alcalde pro-

er.
no.
de una ópera.
ro y la maja.
del hortelano.
y en Marruecos.
la ratonera.
mono.
de carnaval.
(drama lírico.)
on de la Rioja *(Música)*
le de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos diamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

cion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
ndo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra...........	Robles.
Albacete........	Perez.
Alcoy..........	Martí.
Algeciras.......	Almenara.
Alicante........	Ibarra.
Almeria........	Alvarez.
Avila..........	Lopez.
Badajoz........	Ordoñez.
Barcelona......	Sucesor de Mayol.
Idem...........	Cerdá.
Bejar...........	Coron.
Bilbao..........	Astuy.
Burgos.........	Hervias.
Cáceres........	Valiente.
Cádiz..........	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena......	Muñoz Garcia.
Castellon.......	Perales.
Ceuta..........	Molina.
Ciudad-Real.....	Arellano.
Ciudad-Rodrigo..	Tejeda.
Córdoba........	Lozano.
Coruña.........	Lago.
Cuenca.........	Mariana.
Ecija...........	Giuli.
Ferrol..........	Taxonera.
Figueras.......	Bosch.
Gerona.........	Dorca.
Gijon..........	Crespo y Cruz.
Granada........	Zamora.
Guadalajara.....	Oñana.
Habana.........	Charlain y Fernz.
Haro...........	Quintana.
Huelva.........	Osorno.
Huesca.........	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.
Jaen...........	Idalgo.
Jerez...........	Alvarez.
Leon...........	Viuda de Miñon.
Lérida.........	Sol.
Logroño........	Verdejo.
Lorca..........	Gomez.
Lucena........	Cabeza.
Lugo..........	Viuda de Pujol.
Mahon.........	Vinent.
Málaga.........	Taboadela.
Idem...........	Moya.
Mataró.........	Clavel.
Murcia.........	Hered. de Andrion
Orense.........	Robles.
Orihuela........	Berruezo.
Osuna..........	Montero.
Oviedo.........	Martinez.
Palencia........	Gutierrez é hijos.
Palma..........	Gelabert.
Pamplona.......	Barrena.
Pontevedra......	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Reus...........	Prius.
Ronda..........	Gutierrez.
Salamanca......	Huebra.
San Fernando...	Martinez.
Sanlúcar........	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander......	Hernandez.
Santiago........	Escribano.
San Sebastian...	Garralda.
Segorbe........	Mengol.
Segovia........	Salcedo.
Sevilla.........	Alvarez y comp.
Soria...........	Rioja.
Talavera........	Castro.
Tarragona......	Font.
Teruel.........	Baquedano.
Toledo.........	Hernandez.
Toro...........	Tejedor.
Valencia........	Mariana y Sanz.
Valladolid......	H. de Rodriguez.
Vigo...........	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria.........	Illana.
Ubeda..........	Bengoa.
Zamora.........	Fuertes.
Zaragoza........	Lac.